MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
SÁNCHEZ MORENO
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Dios es El que se Es,
teniendo en sí, por sí y para sí su misma razón de ser,
en un acto inmutable y simplicísimo,
en gozo esencial de Divinidad

* * *

Desde el Seno del Padre,
en el impulso y el amor del Espíritu Santo,
por el costado abierto de Cristo
que repara infinitamente al Dios tres veces Santo
ofendido, se desbordan los torrenciales Afluentes
de la Divinidad en compasión redentora
de divina e infinita misericordia
sobre la humanidad caída

* *

Ante el arrullo infinito y coeterno
del beso inmutable del Espíritu Santo,
¡se ha dormido la Señora...!
en Asunción triunfante y gloriosa a la Eternidad

Bajo la Sede de Pedro

Editorial Eco de la Iglesia

Nihil obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*
Imprimatur: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
Vicario General
Madrid, 6-7-2001

5ª EDICIÓN

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia Sánchez Moreno y del libro publicado:

«VIVENCIAS DEL ALMA»

1ª Edición: Julio 2001
© 2001 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006
C/. Velázquez, 88
Tel. 91.435.41.45

ROMA - 00149
Via Vigna due Torri, 90
Tel. 06.551.46.44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org
www.laobradelaiglesia.org

www.clerus.org *Santa Sede: Congregación para el Clero (Librería-Espiritualidad)*

ISBN: 978-84-86724-27-6
Depósito legal: M. 13.846-2007

16-6-2001

DIOS ES EL QUE SE ES, TENIENDO EN SÍ, POR SÍ Y PARA SÍ SU MISMA RAZÓN DE SER, EN UN ACTO INMUTABLE Y SIMPLICÍSIMO, EN GOZO ESENCIAL DE DIVINIDAD

El día 13 de mayo de este año 2001, día de la Virgen de Fátima, cobijada en el regazo de su Maternidad divina, bajo la luz penetrante de la Infinita Sabiduría;

en una ráfaga luminosa, aguda y centelleante, durante el Santo Sacrificio de la Misa, sumergida en la profundidad del misterio consustancial y trascendente de Dios;

poco a poco y paulatinamente, mi espíritu se iba sintiendo ahondado en esa misma Sabiduría, en una trascendente y profundísima intuición sobre los infinitos atributos y perfecciones que Dios se es en sí, por sí y para sí, en su acto inmutable de vida trinitaria, en subsistencia eterna, sida y poseída en gozo esencial de disfrute gloriosísimo y dichosísimo de Eternidad;

y cómo, dentro de la gama infinitamente incontable de sus infinitos atributos, que, por la perfección de la naturaleza divina, rompían co-

mo en infinitos conciertos de consustanciales melodías; eran y daban cada uno su nota en tecleares de Divinidad, en las infinitas gamas de infinitudes infinitas de atributos y perfecciones; siendo Dios una subsistente, divina y única perfección.

Y estando saboreablemente disfrutando por la penetración profunda y aguda de esta verdad dogmática que nos da la Iglesia por medio de la fe, llena de esperanza e impregnada de caridad, mediante los dones, frutos y carismas del Espíritu Santo, y que me iba invadiendo paulatinamente durante el Sacrificio Eucarístico del Altar, bajo el paladeo del néctar sabrosísimo y gloriosísimo de la cercanía de la Divinidad;

en el momento sublime de la transustanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, al ser levantada la Hostia consagrada;

un rayo luminosísimo, se introdujo en la médula profunda de mi espíritu, iluminando mi pensamiento bajo las candentes lumbreras del pensamiento divino; que, dejándome trascendida y translimitada de todo lo de acá, me hacía intuir penetrativa y disfrutativamente, de una manera agudísima, en lo que eran los atributos en Dios, y la diferencia de éstos con la misericordia divina, que se hizo existente por la donación de Dios al hombre, lleno de compasión y ternura.

La cual fue sacada de la potencia del poderío infinito como consecuencia del quebrantamiento de los planes eternos por nuestros Primeros Padres en el Paraíso terrenal;

y es intrínsecamente en sí el derramamiento del amor infinito de Dios, movido en compasión redentora hacia la miseria en que el hombre había caído, al rebelarse contra Él y romper sus planes eternos, no sólo sobre el propio hombre, sino también sobre la creación inanimada;

de la cual él es el compendio apretado de toda ella, y, como rey de la misma creación, la voz en expresión ante el Creador de la esplendorosa armonía en que fue creada para alabanza de la gloria del Omnipotente y la magnificencia de su infinita y coeterna perfección;

con las desgarradoras consecuencias que toda esta rebeldía ha traído a la humanidad.

Comprendiendo, bajo las lumbreras candentes de los soles del pensamiento divino y el arrullo de la brisa penetrativamente sabrosísima y sapiental del Espíritu Santo, que todos los atributos que Dios se es en gozo esencial de disfrute dichosísimo y gloriosísimo por su subsistencia infinita, razón de ser de su misma Divinidad, Él se los es en sí, por sí, y para sí mismo.

Siendo la misericordia como un nuevo atributo, distinto y distante, que Dios había sacado de la excelsitud excelsa del poderío de su potencia infinita en derramamiento compasivo de amor y ternura sobre la miseria de la humanidad caída y como destruida;

aunque no sea atributo intrínsecamente en gozo esencial para Dios, por ser relación de su Bondad con la criatura, como consecuencia de la destrucción por el hombre de los planes eternos sobre él mismo y la creación inanimada, y ante la situación de miseria en que se encontraba al rebelarse contra su Creador.

Por lo que iba descubriendo, llena de gozo y paz en el Espíritu Santo, de una manera aguda y penetrativa, que el atributo de la misericordia no era esencialmente como los demás atributos, sidos por Dios y poseídos en sí, por sí y para sí intrínsecamente en disfrute dichosísimo y gloriosísimo de Divinidad en gozo esencial; sino manifestación hacia fuera en derramamiento compasivo de su amor, rebosante de bondad, que le hace desbordarse desde los raudales de sus infinitos manantiales, y gozarse accidentalmente en disfrute dichosísimo de paternidad amorosa, inclinándose, lleno de ternura, a la miseria de la criatura ante la situación dramática en que la rebelión a su Creador la puso.

Ya que todos sus atributos y perfecciones Dios se los es, estándoselos siendo y teniéndoselos sidos, en sí, por sí y para sí, en gozo esencial y dichosísimo de intercomunicación familiar de vida trinitaria en disfrute gloriosísimo de Eternidad; siendo esto la razón de ser de su misma Divinidad, sin necesitar nada fuera de sí y sin que nada le pueda poner ni quitar en su modo consustancial y esencial de Dios serse Dios.

Viendo mi alma y comprendiendo con más hondura en una intuición como nueva de penetración sapiental, llena de gozo inefable en el Espíritu Santo bajo el saboreo de su cercanía, que todos los atributos, en la armonía melódica y consustancial de su Divinidad, en Dios eran un solo atributo en su sola y única perfección, sida y poseída intrínsecamente para su gloria y descanso; por ser el Ser subsistente y suficiente, infinitamente distinto y distante de todo lo que no es esencialmente Él mismo y para sí mismo, que tiene en sí su misma razón de ser, y que, en manifestación creadora en derramamiento hacia fuera, es la razón de ser de todo lo creado.

Y, conforme iba ahondándome..., ahondándome... en el misterio de la razón de ser y de la pletórica perfección de la Divinidad, comprendía, de una manera agudísima, que todos sus infinitos atributos en sus infinitas gamas que rompen como en infinitos tecleares de melódicas armonías de infinitos atributos por infinitudes infinitas de atributos y perfecciones, Dios se los estaba siendo, teniéndoselos siempre sidos, en su acto inmutable de vida trinitaria, en sí, por sí y para sí, en gozo esencial y consustancial de intercomunicación divina;

y que la misericordia, que es sida por Dios en sí y por sí, pero que no puede serla para sí en gozo de disfrute esencial de Eternidad por la perfección intrínseca de su naturaleza divina; ya que es y dice relación a la miseria de la

criatura, que en Dios no cabe; era el derramamiento del poderío excelente de la excelencia de Dios, que, inclinándose en compasión redentora, mira a la humanidad caída, destruida y empecatada por su rebelión contra el Creador, para la restauración de esa misma humanidad, reconciliándola con Él y reencajándola en sus planes eternos.

Por lo que el Infinito Ser, ante la destrucción de la criatura y su miseria, sacando de la potencia de su infinito poderío una manera maravillosa en desbordamiento de compasión misericordiosa, no por necesidad sino por benevolencia;

haciendo posible como lo imposible, y movido en amor hacia el hombre –aunque esencialmente Dios es el amor consustancial, infinitamente perfecto y acabado, lo mismo si lo realizara que si no lo hubiera realizado–;

determina, en un coloquio amoroso de Familia Divina, bajo el impulso del Espíritu Santo y por la voluntad infinita del Padre, que su Hijo Unigénito, la Palabra Infinita que le expresa, en concierto eterno de divinales canciones, todo lo que es y cómo lo es, en su seerse siempre sido, estándose siendo toda su Divinidad, se encarne mediante la unión hipostática de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la persona del Verbo.

El cual, en un romance de amor coeterno, nos deletrea, como Canción divina y humana,

en derramamiento amoroso de divina misericordia, el Cántico infinito, el Cántico magno que sólo Dios puede cantarse.

Y el Cristo del Padre, en y por la plenitud de su Sacerdocio, en su principal y peculiar postura sacerdotal, siendo el Dios misericordioso Encarnado, responde infinitamente a la Santidad de Dios ofendida, reparándola en representación de la humanidad; y, como consecuencia, restaura a ésta, reencajándola en los planes eternos de Dios, que creó al hombre a su imagen y semejanza sólo y exclusivamente para que le poseyera.

Por lo que «el Verbo se hizo carne» en el seno todo blanco de Nuestra Señora de la Encarnación, ¡toda Virgen, toda Madre, toda Reina y toda Señora!, por obra y gracia del Espíritu Santo; y bajo la fuerza de su infinito poderío «habitó entre nosotros»[1]:

¡Manifestación esplendorosa del poder de Dios! que, inclinándose hacia la miseria, se desborda en amor misericordioso reventando en compasión, lleno de ternura; que, «por ser Amor que puede, y por ser Amor que ama», le lleva, en donación redentora de derramamiento amoroso, a hacerse Hombre;

y, cargando con nuestras miserias y como responsable de todas ellas, a dar su vida en rescate de todo el que se acoja al precio de su Sangre divina; y a entregarse, clavado entre el

[1] Jn 1, 14.

cielo y la tierra, en la demostración más grande y sublime del Amor amando, siendo la Misericordia Encarnada, que es dar la vida por la persona amada: «Por eso me ama el Padre: porque Yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que Yo la entrego libremente»[2].

Y, en el esplendor y para el esplendor de la magnificencia de su infinito poder, en victimación de dolor y desgarro, mediante su muerte redentora, entona el «*miserere*», reparando infinitamente a la Santidad de Dios ofendida por su criatura.

Y levantando, por el precio de su Redención, al hombre caído de la postración en que se encuentra, e injertándolo en Él, como la vid a los sarmientos; y, mediante el fruto de su resurrección gloriosa, abriendo los Portones suntuosos de la Eternidad, cerrados por el pecado de nuestros Primeros Padres, introduce en el gozo de Dios, en el festín de las Bodas eternas, a los que, acogiéndose y aprovechándose de los afluentes de los manantiales que brotan por su costado abierto en derramamiento de infinita y divina misericordia, están «marcados en sus frentes con el nombre de Dios y el sello del Cordero»[3].

Realizándose, por medio de la muerte y la resurrección de Cristo, para el esplendor de la

[2] Jn 10, 17-18.

[3] Cfr. Ap 14, 1.

gloria de «Yahvé, que es amor compasivo y misericordioso»[4], el que Dios mismo en persona se incline hacia la miseria, manifestándose en misericordia.

Y amando a los suyos hasta el extremo y hasta el fin, Cristo no se conformó, en su derramamiento de amor compasivo, con menos, que con quedarse con los suyos durante todos los tiempos en alimento de Pan que nos da la vida y en Bebida que sacia todas las apetencias resecas de nuestro corazón en y con la embriaguez dichosa y participativa de la misma Divinidad.

«Eucaristía... Pan de vida..., llenura
del que hambrea, sin saber
en qué encontrará su hartura.

Eucaristía...; para aplacar la sed
del que busca jadeante
el manantial refrescante
de sus cavernas heridas.

Eucaristía...; manjar completo de vida
que se nos da en Pan y Vino
con apariencias sencillas,
pero que encierra el misterio
de la Vida:

Dios que se da en comunión,
repletando en posesión
las cavernas encendidas.

[4] Sal 144, 8.

Eucaristía...; llenura
del que busca, sin saber
cómo saciará su hartura
y repletará su sed».

26-10-1969

«Cuando Tú entras, Jesús,
en la hondura de mi pecho,
con las pobres apariencias
de pan y vino cubierto,

el Espíritu Infinito,
en beso de amor eterno,
besa mi alma en amores
con infinitos requiebros.

El Padre descansa a gusto
–en su mirar lo penetro–,
y María me acurruca
con maternales desvelos.

¡Romances de Dios que besa
a mi ser en el destierro
con inéditas ternuras
de cariñosos consuelos...!

El Cielo entero se encierra
en mi pecho tras los velos,
porque, si oculto al Dios vivo
en virginales misterios,

¿qué será el alma adorante
cuando comulga al Eterno,
taladrada por la hondura
del amor del Sacramento?

Saturaciones de Gloria
en familiares encuentros,
secretos de trascendencia
vive mi alma en su encierro,

cuando Dios mismo se dice
dentro de mi ocultamiento
como Palabra del Padre
con el besar de su Fuego.

¡Yo no sé lo que me pasa
en la médula del pecho...!
Siento el hablar del Dios vivo
en infinitos requiebros,

como Explicación silente
de sapiental ahondamiento,
en un amor tan candente
de sutil penetramiento,

que entiendo, sin entender,
que Dios mismo está en mi centro,
diciéndome, en su saber
de infinito pensamiento,

con tecleares de Gloria,
como infinitos conciertos,
su recóndito existir
en su seerse el Inmenso.

¡Yo no sé lo que me pasa
cuando comulgo a mi Verbo...!
Se ensanchan los manantiales
de mi hondura en el misterio,

y prorrumpo en cataratas
de agudo agradecimiento,

que ni me dejan llorar
de tanto como comprendo.

Silencio de Eucaristía
en trascendentes secretos...
Dios que descansa en mi hondura
en besares de misterio...

¿¡Qué será la Encarnación,
por María, en este suelo,
que hace que Dios sonría
en mi pobrecito seno...!?

Todo se obra en María
–¡esto bien que lo penetro!–,
y nada se da sin Ella
desde que Hombre fue el Verbo.

¡Misterio de Virgen-Madre
por el besar del Coeterno...!».

23-12-1974

Y el día 16 de este mes de junio, inundada por la luz de lo Alto que se iba agudizando y penetrando mi espíritu en los días anteriores; nuevamente, también en el momento sublime de la Consagración durante el Sacrificio Eucarístico del Altar, mi alma ha sido invadida y penetrada del pensamiento divino, llena de sabiduría amorosa;

haciéndome, intuitiva y disfrutativamente, profundizar aún más, que entre los infinitos atributos que Dios se es en sí, por sí y para sí, la misericordia tenía una parte –sin poder haber parte en Dios–, la cual era su amor de infinita Bondad, que Él se la era intrínsecamente en sí, por sí y para sí por su Divinidad;

y otra que, al no serla ni poderla ser para sí, por decir relación a la criatura y su miseria, no le producía ni le podía producir gozo consustancial; pero sí, como manifestación esplendorosa, desbordante de amor, el gozo accidental del que es bueno, que, inclinándose hacia la miseria, lleno de compasión, se goza en hacer feliz a la criatura creada, en sus planes eternos, a su imagen y semejanza, para que participe de su misma vida divina;

levantándola por la magnificencia de su infinito poder, para hacer posible que el hombre se reencaje por Cristo, con Él y en Él –el Unigénito de Dios que, tomando nuestra condición de esclavo, es el Cristo Grande de todos los tiempos–, en sus planes eternos, para que pudiéramos llegar a poseerle por participación en el gozo gloriosísimo y dichosísimo de su misma Divinidad.

Pero que, incluso así, al Ser consustancial, divino e infinito ni le pone ni le quita, ni le disminuye ni le aumenta en lo que Él es esencial e intrínsecamente en sí, por sí y para sí; en cuanto es, en cómo lo es y por lo que se lo es, estándoselo siendo y teniéndoselo sido en gozo esencial y gloriosísimo de disfrute eterno en intercomunicación divina y familiar de vida trinitaria;

aunque le produce el gozo, infinita y amorosamente descansado, del que es consustancialmente bueno, que, inclinándose hacia fuera, quiere hacernos felices con su mismo gozo, con su misma felicidad, ya que somos imagen suya y obra de sus manos.

Comprendiendo de una manera profunda y disfrutativa, penetrada por el conocimiento de la subsistente excelencia de Dios que inundaba mi espíritu, que, así como los atributos en Dios son sidos por Él en sí, por sí y para sí, en subsistencia infinita de Divinidad y en gloria esencial de sí mismo;

el atributo del amor de Dios, lleno de bondad, derramándose en compasión de misericordia sobre la debilidad de nuestra miseria, aunque es sido en Dios y por Dios, no es con relación al mismo Dios en gozo esencial, sino en inclinación compasiva de su amor desbordante de ternura hacia la debilidad, cargada de miseria, de la humanidad caída, como consecuencia del pecado de nuestros Primeros Padres;

y por lo tanto, es distinto de los demás, en cuanto a la glorificación infinita que le produce la infinitud de sus infinitos atributos, sidos intrínsecamente en sí, por sí y para sí.

Ya que, si el hombre no hubiera pecado, Dios no hubiera sacado de su potencia divina la posibilidad de hacerse hombre para podernos redimir; llegando, en la manifestación del esplendor de su gloria, como en un delirio de

amor misericordioso hacia nuestra debilidad, a morir en crucifixión cruenta, derramándose en amor y misericordia, lleno de compasión y ternura, sobre la humanidad.

Por lo que, aunque la misericordia no sea un atributo intrínsecamente esencial en Dios, en glorificación consustancial e infinita de sí mismo; es el que hace posible el misterio trascendente, desbordante, majestuoso y esplendoroso de la Encarnación.

De forma que, para el pensamiento del hombre que no conoce bien la profundidad profunda del arcano divino e insondable del Infinito Ser, la misericordia es el atributo más grande de los atributos divinos; y el más consolador, más tierno y lleno de esperanza, porque, ¿qué hubiera sido de nosotros si Cristo, la Misericordia Encarnada, no nos hubiera redimido?

Y de alguna manera –ante lo injustificable de la rebelión de la criatura al Creador– podemos decir, exultantes de gozo en el Espíritu Santo, desde la ruindad de nuestra miseria, sobrepasados de agradecimiento y postrados en reverente adoración ante el Infinito Ser tres veces Santo:

¡En bienaventuranza se ha convertido la culpa para el hombre arrepentido que, puesto a la fuente de la divina gracia que brota del costado de Cristo y redimido del pecado, es introducido en las mansiones majestuosas y sun-

tuosas de la Eternidad en el gozo eterno de los Bienaventurados, consiguiendo el fin para el cual ha sido creado!

La misericordia divina, aunque no sea intrínsecamente glorificación subsistente y esencial del mismo Dios, sida para sí en gozo consustancial de Divinidad; es la manifestación esplendorosa de su amor compasivo que, en triunfo y trofeo de gloria, se nos da por su Unigénito Hijo Encarnado –la segunda Persona de la adorable Trinidad– que quita los pecados del mundo, «sellándonos con su Sangre divina y marcando a los elegidos en sus frentes con el nombre de Dios y el sello del Cordero»[5].

¡Cristo es un Portento divino, siendo en sí la Divinidad y el Recopilador de la miseria de toda la humanidad, realidades tan opuestas entre sí como el fuego y el agua!

¡Oh misterio desbordante de infinita misericordia!, que, realizado por Ti mismo y en Ti mismo, Verbo del Padre, mediante el misterio de la Encarnación; nos hace capaces, reencajándonos en tus planes divinos, de llenar el fin para el cual fuimos creados a tu imagen y semejanza; glorificándote a Ti mismo del modo y la manera que tu divina voluntad lo determinó en tus designios eternos para gloria de tu Nombre y la manifestación majestuosa de tu infinito poder.

[5] Cfr. Ap 7, 3; 14, 1.

23-6-2001

DESDE EL SENO DEL PADRE, EN EL IMPULSO Y EL AMOR DEL ESPÍRITU SANTO, POR EL COSTADO ABIERTO DE CRISTO QUE REPARA INFINITAMENTE AL DIOS TRES VECES SANTO OFENDIDO, SE DESBORDAN LOS TORRENCIALES AFLUENTES DE LA DIVINIDAD EN COMPASIÓN REDENTORA DE DIVINA E INFINITA MISERICORDIA SOBRE LA HUMANIDAD CAÍDA

El día 22 de junio, Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, al amanecer, invadida por la luz del pensamiento divino que se iba profundizando cada vez más aguda y penetrativamente en lo más recóndito e íntimo de mi espíritu, sobre el misterio de Dios sido en sí y en manifestación esplendorosa de su Majestad soberana hacia fuera;

intuía, descubriéndoseme muy clara y profundamente, que así como Dios en la infinitud de sus atributos y perfecciones es un solo y único acto de ser en actividad trinitaria de Familia Divina; en el cual su serse serse el Ser y su obrar son en ese solo y único acto de ser, en

el que Dios se es para sí lo que es, sido y estándoselo siendo en sí, por sí y para sí en gozo coeterno y consustancial de Divinidad, por su subsistencia infinita;

en ese mismo acto de ser, aunque de distinta manera, Dios realiza hacia fuera, para manifestación de su infinito poder y el esplendor de la gloria de su Nombre, la creación, y el sublime, divino, sorprendente y subyugante portento de la Encarnación para la restauración de la humanidad caída.

Por lo que veía muy clara y trascendentemente que la creación es un acto personal y trinitario de Dios que, queriéndose manifestar hacia fuera en lo que es y como lo es en la plenitud de su perfección infinitamente repleta de atributos y perfecciones; en y para el esplendor de su infinito poderío en alabanza de su gloria, se pone en movimiento inmutable de voluntad creadora, por el querer del Padre, mediante la expresión del Verbo –el cual es la Palabra cantora en deletreo amoroso de la perfección infinita que Dios se es en sí, por sí y para sí, por lo que «en el Verbo y por el Verbo fueron creadas y realizadas todas las cosas»[1]– mediante el amor infinito y coeterno del Espíritu Santo.

Y este mismo día 22, penetrada por las candentes lumbreras del Espíritu Santo, reverente

[1] Cfr. Col 1, 16.

y adorante ante Jesús Sacramentado en el sagrario; y de un modo más trascendente en el momento de la Santa Misa al comprobar que se celebraba la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús;

sintiéndome inundada en silenciosa y profunda penetración e invadida de gozo en el mismo Espíritu Santo que me envolvía iluminándome con los centelleantes rayos de sus soles;

se iba imprimiendo en mi espíritu que rebosaba de gozo bajo la brisa de su cercanía, e introducida en los misterios divinos, cómo la Encarnación es asimismo un acto personal y trinitario en Dios.

El cual, ante la rotura de sus planes eternos sobre la creación por el «no te serviré»[2] del hombre caído; movido en compasión de ternura infinita, determina, por la voluntad del Padre, en el Verbo, mediante el amor del Espíritu Santo, para el esplendor de su infinito poderío en manifestación de alabanza de su gloria, que el Verbo Infinito se haga Hombre; inclinándose sobre nuestra miseria, lleno de amor misericordioso.

Por lo que Cristo, la segunda Persona de la adorable Trinidad, es en sí, por sí y para sí, y para el Padre y el Espíritu Santo, la Glorificación infinita de reparación ante la Santidad de Dios ofendida; y la Infinita y Divina Misericordia en manifestación personal y esplendorosa, como Verbo del Padre;

[2] Jer 2, 20.

que, en deletreo amoroso de consustanciales melodías por su Divinidad, en expresión divina y humana se derrama en misericordia; levantándonos a la sublimidad de ser, por Él, con Él y en Él, hijos en el Unigénito de Dios, herederos de su gloria y «partícipes de la vida divina»[3].

Siendo Dios mismo en su Trinidad de Personas en y por el Verbo Encarnado, la Divina e Infinita Misericordia en derramamientos torrenciales de Divinidad, con corazón de Padre y amor de Espíritu Santo mediante la Canción sangrante y redentora del Verbo.

Por lo que Jesús, siendo Dios y Hombre, es la infinita Misericordia en donaciones eternas de Divinidad, y la Reparación infinita de amor retornativo a la Santidad de Dios ofendida.

Y mi alma, sobrepasada de amor y gozo en el Espíritu Santo, adora al Verbo del Padre, la divina e infinita Misericordia del Dios tres veces Santo; que, derramándose misericordiosamente sobre la limitación de mi nada, me hace exclamar bajo el arrullo y el impulso de la brisa del Espíritu Santo y abrasada en las llamas letificantes de sus refrigerantes fuegos:

«¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos; llenos están los Cielos y la tierra de tu gloria!»[4].

[3] 2 Pe 1, 4.

[4] Is 6, 3.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, y gloria al Espíritu Santo, por ser lo que es en sí, por sí y para sí en subsistencia infinita de Divinidad, y en manifestación esplendorosa de amor misericordioso, saturándonos a todos, por Cristo, con Él y en Él, de su misma y coeterna Divinidad.

Dios, «porque es Amor y ama y es Amor y puede», se desborda en derramamiento de misericordia infinita, coeterna y trinitaria sobre la ruindad de nuestra limitación y miseria, tan divinamente que podemos llamar a Dios «Padre» en derecho de propiedad, por Cristo, siendo injertados en el Verbo de la Vida, de forma que Jesús exclamaba:

«... que todos sean uno como Tú, Padre, en mí y Yo en Ti, que también ellos sean uno en nosotros, de forma que el mundo crea que Tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que Tú me diste, a fin de que sean uno, como nosotros somos uno.

Yo en ellos y Tú en mí, para que sean perfectamente uno y conozca el mundo que Tú me enviaste y amaste a éstos como me amaste a mí»[5].

A mayor miseria, más grande y sobreabundante misericordia de reparación ante Dios, y mayor sobreabundancia de gracia para nuestras almas.

[5] Jn 17, 21-23.

Misericordia que, en y por el derramamiento de la gloria de Yahvé en desbordamiento de amores eternos e infinitos, lleno de compasión y ternura, se nos manifiesta y dona a raudales por el costado abierto de Cristo; siendo Cristo –el Unigénito Hijo de Dios, la segunda Persona de la adorable Trinidad– la divina e infinita Misericordia: el Cordero Inmaculado que quita los pecados del mundo, para gloria de Dios Padre, bajo el impulso y el amor infinito del Espíritu Santo.

Y «así, mediante la Iglesia, los Principados y Potestades en los Cielos conocen ahora la multiforme sabiduría de Dios, según el designio eterno, realizado en Cristo, Señor nuestro, por quien tenemos libre y confiado acceso a Dios por la fe en Él»[6].

Por lo que hoy mi espíritu, nuevamente iluminado por el pensamiento divino, y como desbordado de amor hacia el Unigénito de Dios hecho Hombre –siendo Él el derramamiento de la infinita misericordia y la Misericordia Infinita Encarnada–; e iluminado bajo sus candentes y sapientales lumbreras, penetró y sigue penetrando de una manera profundísima con necesidad de manifestarlo y bajo el impulso vehemente y como incontenible del Espíritu Santo para que lo exprese, en las perfecciones coeternas del Infinito Ser, siéndolas en sí, por sí y

[6] Ef 3, 10-12.

para sí, y manifestándose en amor compasivo de divina, infinita y coeterna misericordia.

«Bendecid al Dios del cielo y proclamadle ante todos los vivientes, porque ha sido misericordioso con vosotros. Es bueno guardar el secreto del rey, y es un honor revelar y proclamar las obras de Dios»[7].

Sintiéndome, al mismo tiempo, temblorosa y asustada ante mi imposibilidad de poder expresar lo que, tan profunda y claramente, vengo descubriendo y comprendiendo; sin encontrar la manera adecuada de explicarlo y proclamarlo, por la pobreza de mi limitación y la rudeza de mis inexpresivas, pobres y detonantes palabras, por mucho que lo repita; para que el hombre, acostumbrado a mirarse siempre a sí mismo, pueda comprender algo de lo que mi alma, bajo la miseria de mi nada e impulsada por el Espíritu Santo, tiene que manifestar; tan distinto y distante de la capacidad de la criatura ante la realidad existente y subsistente de la excelsitud excelsa y coeterna del Infinito Ser.

Pues, como dice San Pablo: «El hombre carnal no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son para él locura y no puede entenderlas, porque hay que juzgarlas espiritualmente. Al contrario, el espiritual juzga de todo, pero a él nadie puede juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para poder enseñarle? Mas nosotros tenemos el pensamiento de Cristo»[8].

[7] Tob 12, 6-7.

[8] 1 Cor 2, 14-16.

¡Qué santo es Dios y qué bueno! que, sin necesitar nada en sí, por sí y para sí, por tener su posibilidad infinita infinitamente sida y poseída en su acto de ser en intercomunicación familiar de vida trinitaria; por una benevolencia de su coeterno poder en realización acabada en y por el misterio de la Encarnación, se goza en hacernos felices a nosotros, pobres criaturas salidas de sus manos por un querer de su voluntad rebosante de ternura en desbordamiento de amor compasivo y misericordioso.

¡Qué gloriosamente quiere Dios manifestar hacia fuera lo bueno que es desbordándose en misericordia infinita hacia el hombre! –aunque sería igual de bueno si no lo hiciera, ya que Dios no es bueno esencialmente por lo que hace, sino por lo que es y cómo lo es– sacando una manera casi imposible para Él mismo: «Emmanuel, "Dios con nosotros"»[9], que, clavado en la cruz y pendiente de un madero, exclama: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que Yo os aliviaré»[10].

«El que come mi Carne y bebe mi Sangre habita en mí y Yo en él, y Yo le resucitaré en el último día»[11].

¡Bendito Redentor, el cual hace inclinarse misericordiosamente a la bondad del Dios tres veces Santo hacia el hombre pecador, de una manera tan gloriosa que, en el Cristo del Padre, por

[9] Is 7, 14. [10] Mt 11, 23. [11] Jn 6, 56. 40.

la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la persona del Verbo, Dios se hace Hombre y el Hombre es elevado a la dignidad sublime y trascendente de ser Hijo de Dios!

¡Bendito Redentor, el Ungido de Yahvé, que siendo el Unigénito de Dios, manifestación esplendorosa del infinito poder, nos levanta por los méritos de su crucifixión redentora a la dignidad de ser hijos de Dios en su Unigénito; reencajándonos tan sublime, sobreabundante y trascendentemente, que pudiéramos llegar a llenar el plan del que nos creó sólo y exclusivamente, según sus designios eternos, para que le poseyéramos!

Y ¡terrible responsabilidad la del hombre!, no sólo por el «no» del pecado de nuestros Primeros Padres, sino por no aprovecharse de la Fuente de la misericordia infinita que se nos da en y por la Redención de Cristo; y despreciándola e incluso ultrajándola, se rebela de modo tan inconcebible e inimaginable contra el único Dios verdadero, que se nos dona, en desbordamiento de misericordia, mediante el precio de la Sangre de su único Hijo, Jesucristo su Enviado, derramada en el ara de la cruz; abusando de la misericordia infinita y ultrajando al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Dios se manifiesta como es en el esplendor de su infinito poder, lleno de majestad, mag-

nificencia y gloria, derramándose en misericordia; para que el hombre, aprovechándose del fruto de la Redención, con corazón contrito y espíritu humillado se vuelva hacia Él, que perdona «no siete veces, sino setenta veces siete»[12], al que, arrepentido, busca el perdón, la reconciliación y unión con Dios en el Sacramento de la Penitencia y en los demás Sacramentos, afluentes de los manantiales de la vida divina.

Y esto lo hace Dios de tal forma que, la mente del hombre que conozca algo de la excelencia subsistente, suficiente y divina del que Es, jamás lo podrá barruntar, comprender ni descubrir, aun penetrando su misterio, si el mismo Unigénito de Dios no se lo manifiesta, según sus divinas palabras: «Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, y nadie conoce bien al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar»[13].

Mi vida es un poema y un martirio. Un poema de inéditos amores, y un martirio de incruenta inmolación por el contraste que experimento entre lo divino y lo humano, el Cielo y la tierra, la criatura y el Creador, al tener que expresarme por mi ruda, detonante y pobre proclamación, sin lograr conseguirlo como lo necesito.

[12] Mt 18, 22. [13] Mt 11, 27.

¡Qué claramente comprendo que el Amor Infinito, desbordándose de amor y ternura, lleno de compasión, se hiciera Hombre para donarse en divina e infinita misericordia sobre la miseria...!

Siendo Cristo el sublime Portento de la misericordia de Dios, que es y encierra en sí, por su Persona divina, la Divinidad reparada, y, en su naturaleza humana, la reparación infinita ante la Santidad de Dios ofendida; y es el Restaurador de la humanidad por el precio de su Sangre divina en Cántico de alabanza a la excelencia de Dios y de compasión misericordiosa reventando en sangre por todos sus poros, como víctima expiatoria que, en Redención cruenta, repleta y satura de Divinidad a todo aquél que quiera aprovecharse de su Sangre derramada en el ara de la cruz para la remisión de los pecados.

¡Qué maravillosamente majestuoso es el esplendor de la gloria de Yahvé siéndose y manifestándose!

Y ante la excelencia infinitamente subsistente y suficiente del que Es, y su derramamiento hacia la humanidad, lleno de amor misericordioso; bajo la nulidad, la pobreza y la miseria de mi nada por la limitación de mi bajeza y ruindad, volviendo a mi canto de amor puro en himno de alabanza, exclama mi alma, sobrepasada y llena de gozo en el Espíritu Santo:

¡Quién como Dios...!; y ¡qué tiene que ver la criatura ni todo lo creado con el Creador...!

Y llena de agradecimiento al Dios misericordioso tres veces Santo, necesito contar de una manera sencilla y espontánea lo que me sucedió, siendo aún muy joven, cuando estaba despachando en el comercio de mis padres.

Para lo cual transcribo a continuación este fragmento de un escrito del 8 de mayo de 1997.

«Un día, [...][14] que entraron en nuestra tienda unas desgraciaditas mujeres de mala vida, inmediatamente me puse a atenderlas, para que no tuviera que hacerlo mi hermano Antonio.

Y las pobrecitas empezaron a hablar de una manera muy descocada, diciendo muchas picardías entre sí, y palabras soeces.

Ante lo cual, yo, indignada, corrí presurosa a la trastienda donde estaba mi hermano, y como con mucha dignidad religiosa –¡pobre de mí!–, le dije:

"En nuestra casa y en nuestro comercio, teniendo nosotros la imagen del Sagrado Corazón puesta en el centro de la tienda, ¡no podemos permitir que se hable de esta manera!

[14] Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

Por lo tanto, ¡ahora mismo!, salgo corriendo y las despido".

Mientras que mi hermano, con la misma dignidad y orgullo religioso que yo, me decía:

"¡Échalas!, ¡que se vayan de nuestra casa!".

Y cuando salía presurosa de la trastienda para despedirlas, diciéndoles –con lo que yo creía santo orgullo– que en nuestra casa, ¡tan religiosa y tan digna!, no se podía hablar así...; ¡oh! [...] lo que me sucedió:

Se grabó en lo más profundo y recóndito de mi espíritu una frase que, por mucho que esta pobre hija de la Iglesia viva, nunca la podré olvidar:

"Por ellas he derramado toda mi Sangre...".

Ante lo cual, parándome en seco, rápidamente volví donde estaba mi hermano, diciéndole profundamente compungida e impresionada:

"Antonio..., ¡por ellas ha derramado Jesús toda su Sangre...!".

Mi hermano, no conociendo el porqué de mi cambio de postura, me contestó muy contundente:

"¡Despídelas!, ¡que se vayan!, ¡que se vayan...!".

Entrando de nuevo en la tienda, impresionada porque ¡no era un poco o una gotita, no, sino toda la Sangre de Jesús la que había sido derramada por cada una de ellas!; sentía ¡tanto amor...!, ¡tanta comprensión...!, ¡tanta ternura...!,

que, si hubiera sido Jesús el que estaba allí, no le hubiera podido atender mejor.

De forma que experimentaba el deseo de tirarme a sus pies y, abrazándolos, besárselos [...]; yo que siempre he sido tan limpia y "escrupulosa", ¡con lo sudorosos y sucios que, a veces, los clientes llevaban los pies...!

Pero, ante el pensamiento de que Jesús había derramado por cada una de aquellas desgraciaditas mujeres toda su Sangre, me sentía derretir de ternura y amor hacia ellas.

Siendo esto para toda mi vida una lección profundísima que el Señor dio a mi alma, para que comprendiera y disculpara la fragilidad humana, y amara a las almas como las amaba Él; ¡porque, por todas y cada una, Jesús había derramado, no una poquita ni una gota, sino toda su Sangre santísima en Redención de amor misericordioso!

Viniéndome hoy al pensamiento, llena de amor y compasión, el pasaje del Evangelio en que Jesús, solo ante la mujer adúltera, le dijo: "Mujer... ¿nadie te ha condenado...? —Nadie, Señor... —Yo tampoco te condeno; vete y no peques más"[15]».

Y sobreabundando en la grandeza desbordante e inimaginable de la misericordia de Dios

[15] Jn 8, 10-11.

derramándose sobre el hombre por Cristo, siendo Cristo en sí y por sí la Misericordia Infinita y el Manantial de la misericordia que se nos da a través de María en el seno de la Santa Madre Iglesia, ánfora preciosa, repleta y saturada de Divinidad; quiero manifestar también lo que el mismo Dios, otro día, me mostró imprimiéndolo en mi espíritu: algo tan hermoso como difícil de explicar por la magnitud y la grandiosidad de cuanto penetré sobrepasada de gozo en el Espíritu Santo.

8-5-1997
(Fragmento)

«Contemplé al Padre Eterno en las alturas de su majestad soberana, rebosando de paternidad amorosa; como con sus brazos abiertos, e inclinado en derramamiento sobre Cristo en la cruz.

Y del Seno amoroso del Padre, abierto, brotaba, como a borbotones incontenibles, a raudales de afluentes desbordantes de Divinidad, su amor misericordioso sobre Cristo, el Cristo Grande de todos los tiempos.

Y a través del pecho santísimo del Verbo Infinito Encarnado, salía, del afluente de los infinitos Manantiales del Padre, todo cuanto, desde la altura de su santidad intocable, en derramamiento de amor y misericordia infinita, volcaba sobre Él en torrenciales cataratas de donación al hombre.

Cayendo desde Cristo, clavado en la cruz, por su costado abierto sobre toda la humanidad, los raudales luminosos de la plenitud de la riqueza, recargada de dones, con que el Padre, a través de Cristo, en amor misericordioso de redención, repletaba a aquellos que se ponían a recibir el derramamiento de su misericordia; saturándolos en los infinitos y eternos Manantiales que, desde la grandeza de la Divinidad, su Santidad excelsa, inclinada hacia la humanidad caída, le donaba por su Unigénito Hijo Encarnado, en desbordamiento de misericordia infinita.

¡Qué hermoso...!, [...] ¡qué majestuoso...!, ¡qué sublime...!, ¡y qué difícil de comunicar, por soberano!, lo que es Dios y lo que, en un instante, mi alma, pequeñita, anonadada y sobrepasada, contempló ante la inmensidad magnífica del Padre Eterno; que, en derramamiento de amor infinito, a través de Cristo, se nos daba, por el fruto de la Redención, desde los afluentes de sus infinitos Manantiales.

¡La donación amorosa de misericordia infinita brotaba a borbotones incontenibles y desbordantes desde el Seno del Padre al pecho de Cristo; y desde el pecho de Cristo, clavado en la cruz entre Dios y el hombre, se esparcía sobre toda la humanidad; por lo que había que ponerse a recibir, a los pies del Hijo de Dios crucificado, con alma abierta, el fruto de la Redención, como donación del Dios Excelso

desparramándose en sus torrenciales Manantiales sobre el hombre por el amor del Espíritu Santo...!».

¡Misterio infinito del amor de Dios, que realiza, por el poderío de su infinita magnificencia, algo tan inimaginable, que Cristo encierra en sí la plenitud de la Divinidad y la recopilación perfecta de toda la creación en cántico glorioso de alabanza infinita ante la excelencia de la Coeterna Trinidad!; siendo Él la segunda Persona de la adorable e infinita Trinidad.

Por lo que «al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el Cielo, en la tierra, en el Abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre»[16].

[16] Flp 2, 10-11.

23-6-2001

EL QUE DIOS SEA MISERICORDIA INFINITA EN DONACIÓN ETERNA DE AMOR, NO PUEDE IR EN CONTRA DE SU JUSTICIA POR EXIGENCIA DE SU COETERNA Y SUBSISTENTE SANTIDAD

Dios, rompiendo en misericordia por Cristo al hombre, tiene que ser respondido por éste en justicia, ante la donación del Verbo Infinito Encarnado; cosa que el Señor también me hizo entender, penetrada de su sabiduría divina, abrasada en su fuego y bajo el impulso de su fuerza, el día 3 de abril de 1959:

El que Dios sea misericordia infinita en donación eterna de amor, no puede ir en contra de su justicia, que exige respuesta de retornación de la criatura al Creador según corresponde al don recibido; puesto que, a mayor donación, más grande respuesta.

«A quien mucho se le da, mucho se le reclamará, y a quien mucho se le ha entregado, mucho se le pedirá»[1].

[1] Lc 12, 48.

¡Cómo veía este día que la exuberancia pletórica de sus atributos insondables, en infinitud infinita de infinitudes de perfecciones y atributos, por la perfección del mismo ser de Dios, era como un concierto en el acoplamiento melódico de la realidad, infinitamente sida y abarcadora, de su Divinidad...!

Comprendiendo hoy y penetrando que algo parecido sucede con los diversos dones y carismas que Dios reparte a los fieles; que si son de Dios, no pueden oponerse unos a otros, sino que se compenetran y ayudan recíprocamente para la consecución de un mismo fin, bajo la acción de un mismo Espíritu, un mismo Señor y un único Dios.

Viniéndome al pensamiento las palabras del Apóstol San Pablo sobre los diversos dones y carismas que Dios da a su Iglesia para la consolidación y expansión de toda ella:

«A cada uno de nosotros ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo... Y Él constituyó a unos apóstoles, a otros, profetas, a éstos, evangelistas, a aquéllos, pastores y doctores, para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo...; llegándonos a Aquél que es nuestra cabeza, Cristo, por quien todo el cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren según la operación de cada miembro, va obrando su crecimiento en orden a su construcción en la caridad»[2].

«Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor. Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios, que obra todas las cosas en todos. Y a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad... Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere.

Porque así como, siendo el cuerpo uno, tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo único, así es también Cristo...

De esta suerte, si padece un miembro, todos los miembros padecen con él; y si un miembro es honrado, todos los otros a una se gozan. Pues vosotros sois el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro»[3].

«¡Que no se confundan...! –exclamaba entonces–. Sobreabunda la misericordia para quien quiera aprovecharse de la Sangre redentora de Cristo, la Misericordia Encarnada; sobreabunda al pecado la misericordia y el amor, para aquellos que quieran aprovecharse de la sobreabundancia de la misericordia infinita en derramamiento amoroso de los torrenciales afluentes divinos de los eternos Manantiales».

[2] Ef 4, 7. 11-12. 15b-16.

[3] 1 Cor 12, 4-7. 11-12. 26-27.

¡Qué dolor! ante la confusión, llena de insensatez, de los que piensan, por falta de conocimiento de la excelencia subsistente de Dios, que, por haber sido redimidos por Cristo, ya podemos oponernos a la Santidad infinita, que, por justicia, exige respuesta de la criatura; no ya sólo como Creador, sino ¡también como Redentor que muere, lleno de amor misericordioso, para redimir al hombre con su Sangre santísima...!

¿Cómo es posible que el desvarío de la mente humana, intentando acogerse a la misericordia divina, que por justicia exige la respuesta del hombre redimido, piense que, aunque se rebele contra Dios y desprecie la donación de la Redención, está salvado; y sin haber sido purificado y santificado por la Sangre del Unigénito Hijo de Dios, pueda entrar sin traje de fiesta en las Bodas del Cordero?

«Entrando el rey para ver a los que estaban a la mesa, vio allí a un hombre que no llevaba traje de boda, y le dijo: "Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin el vestido de boda?". Él enmudeció. Entonces el rey dijo a sus ministros: "Atadle de pies y manos y arrojadle a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos"»[4].

¡¿Cómo podrá, por justicia, el Dios Misericordioso Encarnado, siendo menospreciado,

[4] Mt 22, 11-14.

llevar a los que se enfrentan obstinadamente a su Santidad, a participar para siempre en la Eternidad de la felicidad de la vida divina en intimidad de familia con las divinas Personas?!

¡¿Cómo podrá unirse a Dios el pecado del hombre con su: «no me someteré a tu voluntad ni como Creador ni como Redentor», que abusando de las donaciones del mismo Dios, se opone a todo su ser manifestándose su voluntad contra el pecado, menospreciándole y ultrajándole?! [...]

¡Y cómo podré expresar lo que es para mi alma, profundizada en los misterios de la Eterna Sabiduría, la soberanía majestuosa del que Es!; el cual imprimió en mi espíritu algo que quedó grabado en la médula de mi ser para siempre, y que ahora quiero contar, transcribiendo un fragmento del escrito del 2 de septiembre de 1997:

«Cuando aún sólo tenía unos 27 años, fuimos un grupo de chicas consagradas a veranear a un pueblecito de la sierra de Ávila [...]; desde donde íbamos algunas veces a pasar el día al Santuario de la Virgen del Espino; para, aprovechar, al mismo tiempo que estábamos en el campo, ocasiones de acompañar a Jesús Sacramentado en el sagrario. Cosa que ha sido una de las tendencias más fuertes de mi vida.

Por lo que siempre que podía, me escabullía del grupo, para entrar de vez en cuando en

la iglesia, acercarme al sagrario y acompañar a Jesús, amarle, consolarle..., procurando hacerle sonreír con mis "locuras de amor", como yo las llamaba; que me hacían, muchas veces, bailar espiritualmente ante Él, como en mis años primeros; comprendiendo, en saboreo amoroso, lo que esto le gustaba a Jesús.

Lo cual llenaba de gozo mi alma de "niña" enamorada, ante el amor que tenía a mi Esposo divino. [...]

Y durante este día de campo tan feliz que estaba pasando, una de las veces que corría presurosa desde los portones del Santuario hacia el altar mayor, donde estaba Jesús Sacramentado, ¡oh lo que me ocurrió...!, [...] ¡tan sorprendente, y hasta entonces, para mí, desconocido!:

Cuando sólo me faltaban unos diez metros para llegar al presbiterio –donde solía postrarme de rodillas, llamaba a la puertecita del sagrario..., me gustaba meter el dedo pequeño en el agujerito de la llave como si intentara abrirlo en mis atrevimientos de juegos amorosos en requiebros llenos de ternura indescriptible e indecible con mi Jesús del sagrario, los cuales yo sabía bien que le gustaban–;

de pronto, en un momento lleno de sorpresa indescriptible, ¡¡empecé a experimentar la terribilidad terrible, majestuosa y soberana del infinito poderío de Dios lleno de magnificencia y esplendor en la altura de su inmensidad insondable, inaccesible e intocable, que me dejó

parada en seco, de pie, y sin atreverme a mirar a ninguna parte, ni a moverme, ni casi a respirar...!!

Y esto era de un modo tan profundo, sorprendente y majestuoso, que sentía que, si daba un paso más, allí mismo podía quedar muerta por la majestad excelsa, terrible y todopoderosa del Jesús que estaba en el sagrario, y que se me manifestaba en el esplendor deslumbrante y omnipotente de su gloria, como el Dios terrible de majestad soberana; al que criatura alguna no se podía acercar, sin quedar destruida en un instante, si no era invitada por el poderío de la Soberanía Infinita.

Y de tal manera era esto, [...] ¡que no me atrevía a moverme ni una chispita...!, ni siquiera para tirarme al suelo a adorar. Porque experimentaba en todo mi ser que, ante cualquier movimiento, podía quedar aniquilada por el poder majestuoso e imperioso de la excelencia, en terribilidad aplastante, del Ser Infinito, Omnipotente y Eterno.

Por mucho que diga, [...] de lo que me sucedió en este día, jamás lo podré expresar, por no tener palabras ni conceptos para que la mente humana lo pueda captar.

[...] ¡Ni siquiera me atrevía a mirar para detrás, ni echar a correr!, como tanto lo deseaba por el impulso que sentía de liberarme y escapar de aquella sorprendente situación; que al

mismo tiempo que me inundaba de temor, me hacía conocer la magnificencia poderosa y esplendorosa del Dios de la Eucaristía que, por amor al hombre, está oculto bajo las apariencias sencillas, sacrosantas y misteriosas de un pedacito de Pan.

¡Un paso más, y tal vez hubiera podido quedar aniquilada por el poderío inconmensurable del Infinito Ser!

Y, cuando me parecía que mi pobre naturaleza no podía soportar aquella majestuosa pero abrumadora situación, ya que hasta las piernas me temblaban, de pronto, empecé a experimentar de una manera pausada y suave que el Jesús de mi sagrario, dulce, tierna y acariciadoramente, me tendía la mano, invitándome a que me acercara...

Mi primer instinto, al ver que ya me podía mover, fue echar a correr y escapar por la puerta.

Pero el Dios del Sacramento me hacía comprender, lleno de ternura, amor, misericordia y compasión, que quería que me acercara a Él ¡y con la misma confianza que siempre lo había hecho!; experimentando que, con brazo extendido en paternidad amorosa sobre mi pobre alma, me pedía que fuera hacia Él; mientras que, temblorosa, iba andando quedamente y despacito, casi sin atreverme a avanzar.

Y cuando al fin me acerqué al sagrario, pues Jesús así me lo pedía, allí ¡adoraba..., amaba...

y me anonadaba...!, mientras sentía la caricia acogedora de Jesús, consolándome y, lleno de ternura, invitándome a acercarme para reclinarme en su pecho.

Pero la impresión de lo que acababa de vivir no se me podía quitar tan fácilmente, a pesar de que la ternura amorosa de Jesús hacia mí era indescriptible.

Haciéndome comprender, con cuanto había vivido, la majestad soberana que Él era en terribilidad de poderío infinito, ante el cual toda criatura tenía que estar llena de veneración, respeto, reverencia y adoración; y la bondad infinita de su misericordia, que se inclina a la criatura de tal manera que descansa en ella..., se goza..., y hasta, con los juegos amorosos de mi delirio de amor, era capaz de hacerle sonreír...

Con la cabeza inclinada delante del sagrario, aprendí aquella enseñanza que Jesús, con ternura de amor infinito, hizo a la pequeña Trinidad de la Santa Madre Iglesia; para que, aunque llena de confianza en su misericordia infinita rebosante de inéditas ternuras y amores eternos, comprendiera, distinguiendo bien, lo que Dios es en sí, por sí y para sí, y hasta dónde se abaja, inclinándose a la pequeñez del hombre.

Por lo que, desde este día, a pesar de tener tanta confianza como Jesús me da, un santo temor de Dios en respetuosa reverencia amorosa me hace entender más profundamente, en

sapiental sabiduría, cuál es la distancia que existe entre la criatura y el Creador.

Recordando el pasaje en el que Yahvé, desde la zarza ardiendo, dijo a Moisés: "No te acerques, quítate las sandalias de tus pies, porque el lugar sobre el que estás de pie es una tierra santa"[5].

La Casa de Dios y Morada del Altísimo en la tierra ha sido consagrada para el culto, la adoración y la oración.

"Entró Jesús en el templo de Dios y arrojó de allí a cuantos vendían y compraban en él, y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los vendedores de palomas, diciéndoles: Escrito está: 'Mi casa será llamada casa de oración', pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones"[6].

Penetrando y comprendiendo con qué veneración, respeto y adoración tenemos que entrar y mantenernos en el *Sancta Sanctórum* de los templos consagrados a Dios;

entonando el himno de alabanza de "los Serafines ante el Señor sentado en su trono alto y sublime...: ¡Santo, Santo, Santo, Yahvé Sebaot! ¡Toda la tierra está llena de su gloria!"[7]».

¡Qué confusa [...] la mente del hombre...!, ¡qué ofuscada y qué tenebrosa!, por falta de conocimiento del Infinito Ser, por compararlo siempre con nosotros; llegando, en nuestra insensatez, a querernos aprovechar desordenadamente de la divina misericordia, sin hacer justicia, con nuestra respuesta amorosa a la Santidad de Dios ultrajada y ofendida por la criatura, al Supremo Creador manifestándose en voluntad.

[5] Éx 3, 5. [6] Mt 21, 12-13. [7] Is 6, 1-3.

[...] La voluntad infinita de Dios, derramándose en Santidad, exige, por justicia, en su serse justicia de perfección, respuesta del hombre, ya no sólo por haberle creado, sino por la donación del Dios Infinito Encarnado que, hecho Hombre, busca incansable la manera de glorificarse a través de su amor misericordioso;

y que, irrumpiendo en el romance más inédito que se pueda pensar, reventando en sangre por todos sus poros, coronado de espinas, clavado en la cruz, con su costado abierto y sus llagas sangrantes, nos clama cruzado en el Abismo: «El que tenga sed que venga a mí y beba, y Yo le daré de balde del agua de la vida»[8].

«El que come mi Carne y bebe mi Sangre habita en mí y Yo en él y Yo le resucitaré el último día»[9].

Y así, «las águilas reales», con corazón candente y ojos de luminosa sabiduría, cruzan el Abismo; para, mediante la Redención del Cristo Grande de todos los tiempos, que se perpetúa en donación amorosa a los hombres en la Iglesia, ser llevadas por Él al triunfo definitivo de

[8] Jn 7, 37; Ap 21, 6. [9] Jn 6, 56. 40.

los Bienaventurados; y con la entrada de Cristo en la Eternidad, introducirnos a vivir, en disfrute dichosísimo, en el gozo infinito de la participación, en gloria, de la misma vida divina de la Trinidad.

Y en esta mañana, fiesta del Inmaculado Corazón de María, también durante el Santo Sacrificio del Altar, llena y exultante de gozo en el Espíritu Santo por el amor filial tan grande y desbordante que oprimo en mi espíritu hacia la Santísima Virgen, sentí que la Sapiencia divina, especialmente en el momento de la Consagración, imprimía en lo más profundo de mi espíritu algo muy dulce y saboreable sobre la Santísima Virgen, la Madre del Verbo Infinito Encarnado, el cual es la Divina Misericordia que se nos derrama a borbotones desde el Seno del Padre por su costado abierto a través de la Maternidad de María para la salvación en restauración de la humanidad caída.

Mi espíritu penetraba gozosamente que el derramamiento de la misericordia infinita sobre el hombre caído, fue anunciado y promulgado por Dios en el Paraíso terrenal; que se nos daría por medio de la Mujer, cuya descendencia aplastaría la cabeza de la serpiente: «Pongo perpetua enemistad entre ti y la Mujer, entre tu linaje y el suyo: Éste te aplastará la cabeza y tú le atacarás al calcañal»[10].

[10] Gén 3, 15.

Ya que por María, en María, por la voluntad del Padre, el amor del Espíritu Santo y la Encarnación del Verbo, el Unigénito de Dios se hizo Hombre y habitó entre nosotros, siendo el Primogénito de la descendencia de la Mujer.

Por lo que en el año 1959 mi alma exclamaba: «María es la que tiene la "culpa" de que todos los hombres se llenen de gracia y vivan de Dios, porque arrancando la Gracia que sale del Seno del Padre, que es el Verbo, robó al Padre la Fuente de la gracia –"de cuya plenitud todos hemos recibido"[11]– y se la dio a los hombres».

Es María la Madre de Cristo, el Hijo de Dios Encarnado y su Hijo, la Madre de la Misericordia; por lo cual la proclaman bienaventurada todas las generaciones.

Siendo María la Puerta del Cielo, la Madre del amor hermoso.

Entonando mi alma, exultante de gozo en el Espíritu Santo, con la Santísima Virgen, su *Magníficat* de gloria:

«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador..., su Nombre es Santo, y su misericordia de generación en generación llega a los que le aman...

[11] Jn 1, 16.

Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia, como lo había prometido a nuestros Padres en favor de Abraham y su descendencia por siempre»[12];

dando gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo por el Unigénito de Dios hecho Hombre, el Hijo de María y el Primogénito de la humanidad, que es Dios, «porque sus misericordias son eternas»[13] y no tienen fin.

[12] Lc 1, 46-55.

[13] Sal 135.

22-2-2001

EN NOSTALGIAS QUE ESPERAN EL DÍA DEL ENCUENTRO...

¡OH SI YO PUDIERA DECIR LOS POEMAS DEL PASO DE DIOS EN MISTERIO...!

¡Oh si yo pudiera abrir los cerrojos
de los manantiales de mi contención...!

¡Oh si yo pudiera romper los silencios
que oprimo en la hondura de mi corazón...!

¡Oh si yo pudiera decir en poemas
de alguna manera cuanto Dios imprime
dentro en mi interior...!:
las voces que oigo en conversaciones
que son peticiones del Ser Infinito
que se deletrea en dardo de amor.

¡Oh si yo pudiera de alguna manera,
aunque sólo fuera en detonaciones
de mi pobre voz,
siendo sólo el Eco de la Iglesia Madre,
decir lo que escucho allí en lo recóndito
de mi alma silente, lacrada y cadente
cuando me habla Dios...!

Y en lo más profundo, secreto y sagrado
de mi contención,
el silencio irrumpe en conversaciones
de tenues acentos y hondas vibraciones,
y en retornaciones del ser adorante
al Eterno en Voz;
que pasa potente, silente y cadente
en carro de fuego besando a la esposa,
que espera enclaustrada toda reverente
que vuelva el Amor;
para repletarla de sus donaciones,
cual Jayán de amores en fulgente Sol.

Amador celoso, Triunfador de glorias,
Gran Conquistador,
calma ya las ansias de mis peticiones
que, en palpitaciones de mi contención,
reclaman urgentes un encuentro ingente,
quedo y refulgente en paso veloz.

¡Oh si yo pudiera decir de algún modo
lo que oprimo dentro sin explicación!;
rompiendo en cantares de tenues acentos,
cual Eco de Iglesia en repetición
de mi Madre Santa, llorosa y penante,
que le pide ayuda a mi inmolación;
cuando Dios se acerca en paso de fuego
para pronunciarse con su eterna voz
a mi alma erguida, llena de penares;
que espera incansable romper en poemas
de proclamación
de cuanto me dice tu voz en mi pecho,
santa y sacrosanta, mi divino Amor.

Mas, por más que quiera e intente expresarlo
y lo manifieste rompiendo en gemidos
de hondos sollozos allí en mi interior;
no será posible decir lo indecible,
tocar lo intocable con las expresiones
de mi ruda voz.

Nunca diré nada del Ser Intocable
cuando me levanta en contemplación,
para que sorprenda su seerse eterno
en aquel instante sublime y velado
de Dios serse Dios.

No sé lo que digo ni cómo expresarlo,
mas siento un impulso dentro en mi interior,
tan fuerte y secreto, tan dulce y candente,
de tanto misterio, llena de pudor,
que, cuando le expreso, siento en lo más hondo
de mi alma herida, en lo más sellado
de mi contención,
que profano el habla de Dios en misterio
con los reteñires en detonaciones
de mi explicación.

Siento una nostalgia de melancolía
que invade mi vida llena de estupor,
por decir en canto del modo que pueda
misterios profundos que yo he contemplado
en el mismo arcano sagrado y lacrado
del Serse de Dios;
en aquel secreto del *Sancta Sanctórum,*
donde el Padre rompe, engendrando al Verbo,
en Explicación.

No sé lo que digo ni cómo expresarlo...
Tengo el alma henchida y, en mi inmolación,
oprimo un lamento sagrado y secreto
sin repeticiones de detonación,
al ver que no puedo, por más que lo intente,
decir sus poemas, en lamentaciones,
con los recrujidos de mi destrucción.

No sé si es que vivo mi Cielo en la tierra,
o es tierra en el Cielo que, en continuación,
marca mi camino seguro y certero,
buscando tan sólo la gloria de Dios
en lucha constante por no conseguirlo
del modo y manera que lo experimento
en lo más profundo, en lo más recóndito
de la hondura sacra de mi corazón.

Dios habla y espera que yo lo proclame,
muy hondo y certero allí en lo silente,
dentro en mi interior.
Y cuando me lanzo, llena de nostalgias,
para proclamarle, quedo enmudecida
por no hallar palabra aquí en esta vida,
llena de estupor,
para que descifre eternos cantares
en conversaciones de retornación.

Dios habla a mi alma y yo le apercibo...,
y se hace un silencio que es adoración,
amor reverente, respeto indecible
de gozo inefable de anonadación.

Y así enmudecida surgen agonías
en las contenciones profundas, sagradas,

secretas, selladas en lo más lacrado
por Beso de Dios.
Y aunque sean vida, por ser del Eterno,
sus conversaciones,
son tan doloridas sus reclamaciones
que reviento en llanto de consternación.

¡¿Cómo ha de decirse a Dios sin palabras
en este destierro sin su captación,
donde no se oyen los dulces acentos
del Ser Infinito que envuelven los dichos
de Aquél que es Palabra en conversación...?!

Dios habla a mi alma para que lo diga
y lo manifieste con mi pobre voz;
y yo estremecida,
toda conmovida,
quedo enmudecida
ante la Palabra de Aquél que me envía
con su voz potente y en tiernos acentos,
cual dulce Amador.

¡Oh si yo dijera de alguna manera
lo que encierro dentro en victimación,
ante los contrastes divinos, sagrados,
de que Dios me envía en proclamación
a los que, teniendo oídos, no oyen
por la dura noche de la confusión
que envuelve a los hombres
que no han conocido
el dicho silente, secreto y vibrante
del Verbo de Dios...!

¡Oh si yo pudiera de alguna manera
decir cuanto oprimo dentro en mi interior!,
sin poder decirlo bajo la impotencia
que hoy experimenta la limitación
de esta criatura, tan pobre y tan ruda,
ante el poderío en suma excelencia
y excelsa potencia de Aquél que me impulsa
con ímpetu eterno que le manifieste
en proclamación,
con mi quedo acento bajo los misterios
de una incomprensión
que guarda el secreto del hondo silencio
en que vivo oculta en mi destrucción.

¡Oh si yo dijera...! Mas, ¡guarda silencio!,
¡calla, alma querida!: Dios conoce el modo
de las agonías que hay en tu interior,
cuando, enamorado, se lanza a tu encuentro,
alzando tu vuelo, en paso veloz,
al gozo glorioso, ingente y dichoso
del que te levanta a su posesión.

Mientras que mi alma, toda estremecida,
candente y rendida,
toda subyugada por su perfección,
responde a su modo, y espera que emprenda
carrera veloz
bajo los fulgores del Excelso Serse,
del Eterno Sol,
que me dice: Espera, aún es pronto, esposa,
has de proclamarme con tu pobre acento,
sin saber el modo de poder hacerlo
ante la excelencia de mi Perfección.

¡No gimas tan fuerte, no sufras, Iglesia,
que aún no ha llegado
el día añorado
de que te introduzca en mi posesión!:
Espera y adora.
Conozco las penas de las contenciones
de tu petición.

Mientras más procuro decir los cantares
que oprimo en mi hondura,
más silente quedo en la incomprensión
de una vida oculta que va jadeante,
toda lacerante,
sin querer más cosas que dar gloria a Dios;
añorando el día, llena de nostalgias,
de que Dios me lleve, tras de mis penares,
en resurrección,
al Gozo infinito del que me enviara
a manifestarle con las profecías
y las melodías de una inmolación.

Poemas de gloria que entona mi alma...,
y que el Ser recibe en retornación
por las donaciones que pone en mi anhelo
sin más peticiones que mi vida en don.

Descansa tranquila, espera en silencio...
Dios te habla en arrullos de brisa cadente
con silbo delgado, todo enamorado,
siendo tu Amador.
Tan sólo te exige que seas respuesta
del modo que puedas en retornación.

Descansa, alma mía, reposa tranquila,
que besa el Amor
con paso de fuego, para que le digas
del modo que puedas,
bajo la pobreza de tu gran miseria,
con el requejido de tu entrega en don.

¡Te amo, Dios mío...! ¡Te amo, Señor...!
Y ésta es la respuesta más honda y lacrada,
más enamorada
que oprimo en mi hondura, secreta y sellada,
de mi donación:

Decirte «¡te amo!», mi Dios Infinito,
Amador de amores,
bajo el gran misterio que encierra tu paso
en beso de Esposo allí en lo profundo,
secreto y lacrado de lo más sagrado,
y lo más recóndito que hay en mi interior.

¡Te amo, Dios mío...! Te espero y te añoro,
mi dulce y divino Amador.

26-7-1997
Fiesta de San Joaquín y Santa Ana,
Padres de la Santísima Virgen

SE HA DORMIDO LA SEÑORA EN ASUNCIÓN TRIUNFANTE Y GLORIOSA A LA ETERNIDAD

[...]* Ante la proximidad del día glorioso de la Asunción de Nuestra Señora, quiero manifestar lo que el día 15 de agosto del año 1960 vivió mi espíritu, llevado por Dios [...] a contemplar de una manera profundísima, clarísima, inimaginablemente sorprendente, y vivida en saboreo de disfrute de Eternidad, el momento trascendente, sublime e indescriptible, lleno de esplendor y majestad, de ser levantada de esta tierra, en Asunción gloriosa, dichosísima y esplendorosa, Nuestra Señora, ¡toda Virgen...!, ¡toda Madre...! ¡y toda Reina...!, en cuerpo y alma al Cielo.

[...] Gocé tanto [...] aquel 15 de agosto, contemplando el último paso del peregrinar de la

* Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

Virgen a la Eternidad, que lo tengo lacrado en la profundidad de mi espíritu como un romance de inédita ternura que jamás se podrá nublar en el alma de la última, más pobre y miserable de las hijas de la Santa Madre Iglesia, por el centelleo luminoso de su manifestación, ante la magnificencia de la dormición, en Asunción en cuerpo y alma a la Gloria, de Nuestra Señora de la Encarnación.

En una nota explicativa al final del escrito que dicté aquel día, adentrada por Dios en una oración muy profunda, expresaba esto que [...] acabo de manifestar:

15-8-1960
(Fragmento)

«Al atardecer de este día, 15 de agosto de 1960, tuve una luz muy fuerte de la Asunción de Nuestra Señora en cuerpo y alma a la Eternidad.

Contemplé cómo era levantada toda Ella por el beso inmutable del Espíritu Santo.

Como otras muchas veces, me sentí totalmente tomada por Dios, y expresé, como pude, lo que mi alma vio de la Asunción de Nuestra Señora.

Sintiéndome robada y translimitada por la contemplación de tan maravilloso espectáculo,

gocé de una dulzura tan profunda, de una paz tan espiritual y de una dicha tan indescriptible, que jamás podré olvidar esta impresión.

Y me dejó tan tomada, que durante mucho tiempo tuve una presencia continua de este gran momento:

¡Se ha dormido la Señora...! Se ha dormido a la vida de la tierra, para vivir en toda su plenitud la posesión de la Eterna Sabiduría en su clara, plena y total visión.

¡Se ha dormido la Señora...! Sueño que es un romance de amor, lanzado por la Boca divina en el beso eterno de la sabiduría amorosa del Espíritu Santo.

¡Se ha dormido la Señora...!

Dicen que "es preciosa la muerte de los justos"[1], porque no es nada más que un beso del Espíritu Santo, ¡tan silencioso...!, ¡tan suave...!, ¡tan hondo y tan profundo...! que, en un requiebro de amor inmutable, se lleva al alma, a veces sin que ésta casi lo aperciba.

Así le pasó a María: fue ¡tanta paz...!, ¡tanta inmutabilidad...!, ¡tanto silencio...!, ¡tan hondo y tan profundo...!, que se encontró de pronto en la Gloria.

Fue un sueño de amor, en el aleteo infinito del Espíritu Santo, en el abrazo de su Consorte

[1] Sal 115, 15.

divino: ¡Se durmió a la vida en el beso y el abrazo del Espíritu Santo...!

Se ha dormido la Señora ante el beso inmutable del Amor Infinito que, al mecerla en su arrullo divino, casi sin apercibirlo, se la llevó: ¡robó su "presa" en un descuido de Ésta...!

"Hijas de Jerusalén, por las gacelas y cabras monteses, no despertéis ni inquietéis a mi amada, hasta que a ella le plazca..."[2].

"Ven del Líbano, esposa mía, que ya pasó el invierno, y ya las viñas en flor esparcen su aroma...". "Ven, amada mía, que ya pasaron las lluvias"[3] para la Madre del Verbo del Padre, Encarnado, y la Esposa del Espíritu Santo...

¡Silencio...!, ¡que se está durmiendo la Señora en el beso infinito de la Inmutabilidad Eterna, saboreando silenciosamente el contacto divino del Esposo virgíneo en su boca buena de Amor increado...!

¡Día de la Asunción de Nuestra Señora...!

Toda la vida de María, de la Virgen, fue una asunción que, al llegar el instante cumbre, máximo, repleto y total de su transformación en Dios, según su capacidad como criatura única, predestinada y creada para ser Madre del Verbo Infinito Encarnado por la voluntad del Padre,

[2] Ct 2, 7.

[3] Ct 4, 8; 2, 11. 13.

bajo el arrullo infinito y la suavidad sonora del Espíritu Santo, Consorte divino de la Virgen, que la hizo romper en Maternidad divina; se paró ante la posesión cara a cara, en la luz de la Gloria, de la Sabiduría Eterna en su inmutabilidad infinita...

¡Se ha parado la Señora en su ascensión hacia Dios...! Ascensión que empezó el día que fue concebida sin pecado original, llena de gracia y sólo para Dios y la realización de sus planes eternos derramándose sobre la humanidad por medio de la Encarnación realizada en las entrañas purísimas de la Virgen; para terminar en aquel instante en el cual, estando su capacidad repleta, fue poseída por la inmutabilidad de Dios...

Tenía que ser saturada, abrazada y sostenida por la inmutabilidad inmutable de las tres divinas Personas aquella criatura que, anunciada por Dios desde el Paraíso terrenal y predestinada para ser Madre de Dios, Corredentora con Cristo al pie de la cruz y Madre de la Iglesia universal en Pentecostés, subió ¡tanto..., tanto..., tanto...! que, ahondándose en la profundidad honda de la divina Sabiduría, tuvo que ser besada con un beso eterno de inmutabilidad, ante la imposibilidad, según su capacidad de pura criatura, única e inimaginable como Madre de Dios y de todos los hombres, de poder ahondarse más.

María, en su Asunción gloriosa en cuerpo y alma a la Eternidad, remontó su vuelo por en-

cima de los Ángeles y Arcángeles, Querubines y Serafines y de toda la creación; siendo introducida por el Amor infinito de la Virginidad Eterna en la profundidad honda de aquel Eterno Engendrar...; Engendrar que da a luz, de su misma Luz, al Eterno Oriens en el amor infinito y coeterno del Espíritu Santo.

Si María hubiera podido ser un poquito más divinizada, hubiera vivido más. Dios hizo a María con capacidad casi infinita de divinización; y cuando estuvo saturada y repleta, abalanzándose sobre Ella, manifestándose en el atributo de la inmutabilidad, como Jayán enamorado, robó su presa, y la inmutabilizó en la luz de la Gloria.

Toda la vida de la Virgen fue un tránsito, en el cual el Espíritu Santo, Amor del Padre y del Hijo, depositó un beso de Eternidad; beso que, en su saboreo amoroso, terminó introduciéndola en la inmutabilidad silenciosa de la Eterna Sabiduría.

En el silencio silencioso del beso sacrosanto de la Boca divina, la Señora nota..., experimenta..., que su asunción en su vuelo por este destierro, con sus grandes alas de águila imperial extendidas, llega a su término...; que su asunción, por su capacidad llena y repleta de Divinidad, está para pararse de un momento a otro en la luz de la Gloria de la Inmutabilidad.

El alma de María, toda deificada, transformada en la Deidad, es toda ella un trasunto de

Cielo. Es el jardín florido, "el huerto sellado"[4]; Aquella que entre millares fue escogida, predestinada, creada y concebida para ser Madre de la Sabiduría Encarnada; de aquella Sabiduría que, en su serse el Inmutable, se es el Instante virgíneo de la Eternidad silenciosa.

Ya está preparada por Dios el alma de María para su tránsito definitivo a la luz de la Gloria en visión esplendorosa, en posesión total, desatada de este destierro...

En el Cielo todo es fiesta, alegría y contento; porque, desde el mismo seno de Dios, se contempla cómo la Señora, la Madre, está para ser arrebatada en cuerpo y alma, de un momento a otro, por aquel Amor que, desde toda la eternidad, la creó para hacerla su Esposa preferida...

Está el Divino Consorte de la Señora esperando aquel instante-instante en el cual, desde toda la eternidad, predestinara a María para tener llena, ¡totalmente llena!, la capacidad de divinización que Dios había determinado para Ella.

Y ante la imposibilidad de más llenura, al estar su capacidad, casi infinita, plena, ¡se ha dormido la Señora...!

Al llegar el alma de María a aquel punto de divinización casi infinito, toda Ella era llevada y traída..., besada y festejada..., amada..., abis-

[4] Ct 4, 12.

mada y adentrada en aquella vida íntima de la adorable Trinidad...

Y el Amor, besándola suavemente..., tiernamente..., silenciosamente..., en su beso inmutable, silencioso e indecible de Virginidad...; en aquel instante-instante en el cual está el alma de María con su capacidad llena de divinización según el plan de Dios para con Ella, sí, en aquel instante-instante, la caricia inmutable del Espíritu Santo robó su "presa", en un éxtasis de amor, llena y repleta, saturada y apretada, por participación, de Divinidad.»

[...] Y anonadada, temblorosa y asustada, quiero transcribir también a continuación [...] lo poco que pude expresar el día 15 de agosto de 1960, ante la contemplación de tan sublime e inefable misterio;

pues no encontraría otra manera más expresiva, espontánea, profunda y clara de comunicar [...] lo que el Señor me hizo vivir y manifestar aquel día sobre el misterio esplendoroso de la Asunción de la Virgen:

«¡Silencio...! ¡Silencio...!
¡Silencio...!; que se está durmiendo la Señora...

¡Silencio...! ¡Silencio...!
¡Silencio...!; que se está saboreando tan silenciosamente..., tan tiernamente..., tan divinamente..., en el convite divino del beso inmutable del Espíritu Santo, que toda Ella, casi sin apercibirlo, está siendo levantada, sin ningún movimiento, por el mismo beso divino e inmutable del Espíritu Santo...

¡Silencio...! ¡Silencio...!, ¡respeto...!, ¡veneración...!; ¡que estoy contemplando el momento esplendoroso y majestuoso en que la Señora está siendo levantada a la Eternidad por el paso silencioso de Dios que, en beso amoroso de Espíritu Santo, la está atrayendo hacia sí por la suavidad de su brisa divina...!

¡Se ha hecho un gran silencio...!
¡Todo es silencio en torno a María...!
Todo, para su alma de Virgen-Madre, es como el arrullo silencioso de la tórtola que viene a arrebatar su presa en el silencio secreto de la inmutabilidad virgínea, de la santidad pacífica, del silencio profundo del Espíritu Santo...

¡Todo está en silencio...! ¡La paz inunda la tierra...!
Y mi alma, desde la tierra, en esta ruda habitación, y en la paz del silencio que envuelve a María, contempla, adorante, cómo la Señora está siendo levantada en Asunción gloriosa a la Eternidad...

El respeto anonada todo mi ser, que desearía correr tras Ella, para acompañarla en su Asunción triunfal, en un cántico de agradecimiento a Dios y de alabanza perfecta...

¡Silencio...!, ¡silencio...!

¡Silencio...!, que la inmutabilidad inmutable del serse del Ser, en su acto trinitario de vida divina, se lanza silenciosa y amorosamente al encuentro de aquella alma tan divinizada, en la cual, suave y tiernamente..., en la profundidad profunda de su paz silenciosa..., la adorable Trinidad deposita un beso de inmutabilidad infinita...

Beso de Eternidad que, en el silencio sabroso de la boca divina del Espíritu Santo, atrae, como un imán sutilísimo, al alma de la Virgen, levantando con Ella a su cuerpo por la fuerza de la brisa acariciadora del ímpetu divino, a la posesión total, completa y absoluta, en pleno goce, de la luz resplandeciente de su faz divina.

¡Oh, qué momento de felicidad rebosante de plenitud para la Virgen...!

¡Silencio...! ¡Silencio...!

¡Silencio...!, que la Señora siente que toda su alma se enciende suave y pacíficamente en el calor sabroso, misterioso e infinitamente inalterable del beso divino de la Inmutabilidad por esencia en un acto trinitario...

Y sin casi apercibirlo..., sin darse cuenta..., sin notar nada..., la Señora se encuentra, en un abrir y cerrar de ojos deleitable..., suave y silencioso..., ante aquel Dios que Ella contemplara y poseyera durante toda su vida; pero ahora, realizado el grado de divinización de-

terminado por el mismo Dios, es arrebatada e introducida en la cámara nupcial, para tener en la Patria lo mismo que tenía en el destierro, pero en posesión plena, gozosa y absoluta de Eternidad.

No se ha obrado en María más variación que la de haber llenado los límites de la voluntad de divinización que Dios, desde toda la eternidad, la tenía predestinada como a Madre suya, para pasar a la posesión total de la Inmutabilidad divina en su acto eterno de vida trinitaria...

Y a María, que hasta entonces había estado divinizándose, en este momento, el beso eterno del Espíritu Santo, metiéndola en su inmutabilidad, la hace participar de tal forma de esta misma inmutabilidad, que la Señora es por participación un acto inmutable de vida trinitaria, en el cual se ha parado su divinización con su capacidad repleta...

Y ante esta llenura como infinita de la criatura por su Creador, se obra un misterio de amor en el beso silencioso, eterno y arrullador del Espíritu Santo, que, enamorado y robado por la Virgen Madre, por la Señora, la arrebata en cuerpo y alma, metiéndola de lleno y plenamente a participar de la inmutabilidad inmutable de la Trinidad una.

Y en el silencio de aquel *Sancta Sanctórum* de la Eterna Sabiduría, se ha hecho un mayor

silencio –si esto cupiera en el Cielo–; porque la Señora, ante el roce silencioso del beso divino, entra Asunta, envuelta, penetrada, saturada e impelida por la corriente divina del Espíritu Santo, en la cámara de aquel Divino Consorte que la creara y predestinara desde toda la Eternidad, para hacerla la Creación-Madre de la creación, después del alma de Jesús...

¡Silencio...! ¡Silencio...!; que estoy contemplando a María siendo levantada en cuerpo y alma hacia el Día glorioso de la Eternidad por el beso infinito que las tres divinas Personas depositan en Ella...

¡Oh...! ¡toda la tierra se ha quedado en un gran silencio...!

Porque, al remontar su vuelo la Señora, el Cielo, en su gloria accidental, se ha hecho más rico, mientras que la tierra se ha quedado más pobre...

El Cielo se ha llevado a la Señora, y la tierra la ha perdido para encontrarla gloriosamente en la luz de la Gloria de la Eterna Sabiduría...

Había llenado María su misión de Virgen Madre, de Corredentora y Madre de la Iglesia; y ahora, *Assumpta*, sube al Cielo para seguir su mediación universal entre Dios y los hombres.

¡Tuvo que dormirse la Señora...! ¡Era necesario que la Inmutabilidad la poseyera totalmente, y Ella, así mismo, poseyera a la Inmutabilidad!

Porque, ¡un paso más!, y hubiera rebasado los límites de su capacidad casi infinita de divinización...

Y por eso, porque esto no era posible, ¡SE HA DORMIDO LA SEÑORA...!».

[...] Y tras esto que [...] he manifestado de lo poco y pobremente que pude expresar aquel día por la sublimidad de cuanto estaba sucediendo, metida en su misterio mientras que lo contemplaba, concluyó para esta pobre, desvalida y miserable hija de la Iglesia la contemplación gloriosísima de Nuestra Señora en el momento de ser robada por las tres divinas Personas, en el romance de amor más divino y divinizante que sólo Dios, en su Sabiduría cantora de amores eternos e inéditas melodías, es capaz de expresar adecuadamente sin profanarlo.

Por lo que, desde la bajeza de mi nada y la ruindad de mi pobreza, siento pavor y temblor al tenerlo que describir con mi pobre y entorpecida lengua, mediante el impulso amoroso del Espíritu Santo que me lanza, para que lo proclame en sabiduría amorosa del modo y la manera que esté al alcance de la nulidad y limitación de mi pequeñez.

[...] Once años más tarde, el 15 de agosto de 1971, el Señor me dio otra gran luz sobre «La dormición de la Señora de la Encarnación»; aunque no fue la contemplación de aquel momento del modo tan sin igual que lo vi y que tan pobre y reducidamente [...] acabo de expresar [...].

También, el 15 de Octubre de 1972, después de haberme mostrado el Señor, en fechas anteriores, «El Camino de la vida», con el «Abismo» en su término, y en el que vi caer a muchos de los que alocadamente caminaban sin prevenirse de sus «alas de águila» para poderlo atravesar, dicté un escrito titulado: «María cruzó el Abismo».

[...] Y quiero expresar [...] con abertura de alma y sencillez de corazón, lo que, a través de estas manifestaciones de Dios, voy entendiendo con mi pobre comprensión, iluminada por Dios y bajo el impulso y el amor del Espíritu Santo, de cuanto Dios me hace conocer de sus misterios para que los proclame; aunque bien comprendo que no puedo saber, en mi limitada pobreza, ni vislumbrar siquiera lo que, a través de esas mismas comunicaciones, me haya dejado de manifestar; y de cómo se realizó, y sus porqués, el misterio de la Asunción de Nuestra Señora en cuerpo y alma al Cielo [...];

transcribiendo [...] algunos fragmentos más significativos de los escritos dictados esos días [...].

Y todo esto lo hago humilde, sincera y espontáneamente, como hija pequeña de la Iglesia [...] por si, con cuanto creo entender a través de lo que el Señor me muestra y con mi pobre colaboración, en algo puedo ayudar a la Iglesia –cosa que deseo y necesito hacer en el tiempo que el Señor aún me conceda de vida– [...].

La Señora de la Encarnación, que era Virgen, Madre, Reina y Señora, por el misterio de la Encarnación y en él, le dio su carne y su sangre, sin más intervención que la divina, al Verbo Infinito del Padre, Encarnado; para la realización de la retornación en reparación amorosa a la Santidad infinita ultrajada, de la manera más perfecta y acabada que, en manifestación cruenta, la criatura puede dar a esa misma Santidad infinita de Dios ofendida.

Al mismo tiempo que Cristo, por su humanidad santísima y su Sangre redentora, derramada en el Calvario, reparó el pecado de la criatura ante el Creador en manifestación de redención expiatoria en sangrienta crucifixión;

no sólo redimiéndonos, sino elevándonos, hechos uno con Él, a ser hijos de Dios y herederos de su gloria; cantando con el Unigénito del Padre, por participación de adhesión filial, el Cántico nuevo, el Cántico magno que sólo Dios puede cantarse, por la recepción del Padre a su Hijo que, siendo «el Primogénito entre mu-

chos hermanos»[5], se presenta ante Él con el derecho que le da su filiación;

abriendo los Portones anchurosos de la Eternidad, e introduciendo en ella para siempre a todos los que se quisieran acoger a su Redención, por la carne purísima y la sangre que le dio María al Verbo al encarnarse, sin más intervención que el beso de Virginidad infinita de su Esposo divino, el Espíritu Santo.

Cristo con el martirio de su cuerpo, ofrecido al Padre en inmolación, y el dolor lacerante y desgarrador de su alma santísima, nos llevará en el mañana de la Eternidad, a gozar con Él para siempre en el alma y cuerpo glorificado.

«Por lo cual, entrando en este mundo, dice:

"No quisiste sacrificios ni holocaustos, pero me has preparado un cuerpo. Los sacrificios y holocaustos por el pecado, no los recibiste. Entonces Yo dije: 'Heme aquí que vengo –en el volumen del Libro está escrito de mí– para hacer ¡oh Dios! tu voluntad'..., y en virtud de esta voluntad, somos nosotros santificados, por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una sola vez"»[6].

Y este cuerpo y la sangre para la Redención se lo dio el Padre a través de la Maternidad divina de la Virgen, obrada sólo por el beso de su Esposo divino, el Espíritu Santo.

[5] Rm 8, 29.

[6] Heb 10, 5-7. 10.

15-8-1971
(Fragmento)

«El misterio de la Encarnación es tan infinito y rico, tan exuberantemente sugestivo y tan trascendentemente maravilloso, que hace posible que, por la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la persona del Verbo, Dios sea tan hombre como Dios, y el Hombre sea tan Dios como hombre.

Por lo que Cristo es intrínsecamente en sí y de por sí, Sacerdote, Unión de Dios con el hombre, de una manera tan maravillosa, que la función de su Sacerdocio es ser en sí mismo esa unión.

Cristo, por el misterio de la Encarnación y a través de su vida, muerte y resurrección, llevó a cabo, en función de su Sacerdocio, la restauración completa del hombre.

Él solo la verificó y la terminó en la perfección de la realización de su Sacerdocio. Nada ni nadie le puso ni le quitó, ni le pudo aumentar ni disminuir al acabamiento de su plan; que, no sólo Él realizó haciendo lo que hizo en sus treinta y tres años, sino que lo tuvo realizado en sí desde el primer instante de la Encarnación, cuando unió para siempre a Dios con el hombre, aunque de distinta manera que al terminar la Redención; mediante la cual, en función de su Sacerdocio, enterró al hombre viejo, resucitándole con Él a una vida gloriosa.

Y por eso, el misterio de la Redención empieza en el momento de la Encarnación, y termina en la glorificación de Cristo; porque "vana sería nuestra fe, si Cristo no hubiera resucitado"[7], abriéndonos de par en par el Seno del Padre, que había sido cerrado por el pecado original.

El misterio de la Encarnación es el misterio del Sacerdocio de Cristo. Y porque no se conoce bien el misterio de la Encarnación, tampoco se conoce el del Sumo y Eterno Sacerdote que, quedando en función de su Sacerdocio desde este mismo instante de la Encarnación, lo fue realizando, para demostración de su amor al hombre y para captación de éste, a través de sus treinta y tres años: naciendo, predicando, viviendo, enseñando con la palabra, el ejemplo y sus hechos cómo Él era "el camino, la verdad y la vida"[8]; llegando a la manifestación máxima de la función de su Sacerdocio, que le llevó a morir con el hombre pecador, a sufrir en sí las consecuencias del pecado, resucitándole con Él a una vida nueva, infinita y eterna que Cristo era en sí, y que por su muerte y resurrección había conseguido para todos los hombres que quisieran injertarse, como "los sarmientos en la vid"[9], en la Cepa de la vida.

Dios quiso que el misterio de la Encarnación y, por lo tanto, el de la donación de Dios al

[7] 1 Cor 15, 17. [8] Jn 14, 6. [9] Cfr. Jn 15, 5.

hombre, se realizara en el seno de la Virgen, sin que Ella le aumentara ni le disminuyera nada a la plenitud de ese misterio.

Sin embargo, por un plan del mismo Dios, María colaboró activamente en la Encarnación tan maravillosamente, que le dio a Dios el medio que necesitaba para ser tan hombre como Dios.

El misterio lo hizo Dios; lo empezó y lo terminó por la plenitud de su poder; pero la Virgen colaboró con las divinas Personas a realizarlo en el modo sublime que estas mismas Personas quisieron en su infinito designio; pasando Ella a ser, por ese plan amoroso, Colaboradora con el mismo Dios en la realización del misterio de la Encarnación a través de su Maternidad divina.

Vemos [...] cómo fue Dios el que realizó todo el misterio de la Encarnación, que fue unir a Dios con el Hombre en la persona del Verbo por la voluntad del Padre y en el impulso del Espíritu Santo.

Pero vemos también cómo, en la realización de ese misterio, la Virgen tomó una parte tan activa, que colaboró con las divinas Personas a que ese misterio se efectuase, de tal forma que quedó constituida Madre de Dios.

Y tan maravillosa es su Maternidad divina, que es tan Madre de Dios como del Hombre; siendo al mismo tiempo Madre universal de todos los hombres que, injertados en Cristo por el misterio de la Encarnación y en función de

su Sacerdocio, pasan a ser, por y en el seno de María, hijos de Dios y herederos de su gloria.

Como la vida de Cristo es ser en sí la manifestación de su Sacerdocio, y este Sacerdocio es por y en la Maternidad de María, todo el ejercicio del Sacerdocio de Cristo en todas y en cada una de sus realidades y manifestaciones, es también por y en la Maternidad de María.

Y así como Cristo lo realiza todo por ser en sí el Sumo y Eterno Sacerdote y en función de su Sacerdocio, María no es en sí el Sacerdote, pero sí colabora con el Sumo y Eterno Sacerdote en que su Sacerdocio sea, y en la función sacerdotal del mismo, por medio y a través de su Maternidad divina.

Y ahí está María realizando el sacerdocio peculiar de su Maternidad, por Cristo y con Él, en todos y en cada uno de los momentos de la vida de Cristo; que en Él son ejercicio de su Sacerdocio y que, por el sacerdocio de la Maternidad de María, va ejerciendo y manifestando.

Y por eso, con la muerte y resurrección de Cristo termina la Redención de Cristo y la Corredención de María: Él ofreciéndose al Padre en función de su Sacerdocio; y Ella ofreciendo a Cristo al Padre en función del suyo, que se llama Maternidad divina».

Por lo que María, [...] la Virgen Blanca de la Encarnación, creada sin pecado original por los

méritos previstos de Cristo, sin tener más inclinación que dar gloria a Dios por el cumplimiento perfecto de su voluntad que la hizo Corredentora de toda la humanidad y Madre universal de toda ella y de la Iglesia Santa, y habiendo llenado todo el plan divino sobre Ella en la Redención de Cristo, pudo ser liberada de la muerte, que es sólo consecuencia del pecado original, del cual la Inmaculada Concepción fue exenta.

Ni tampoco creo que necesitara morir como Cristo crucificado; porque, en el momento máximo de la Redención, en la pasión de Cristo, María experimentó y vivió el martirio más inconcebible de dolores incomparables junto a su Hijo, siendo Reina y Madre de todos los mártires; pagando, en Cristo y con Cristo, y hecha una con Él en adhesión incondicional, las consecuencias del pecado original de todos los hombres.

De forma que, en el Calvario y por el ejercicio del sacerdocio de su Maternidad divina, ofreció libre y voluntariamente su Víctima al Padre, su propio Hijo; que, hecho Hombre por amor y muriendo en inmolación, nos redimió para gloria del Padre y salvación de todos nosotros, mediante el cuerpo y la sangre santísima que la Señora de la Encarnación le dio.

María, hecha una con su Hijo, el Cordero Inmaculado que quita los pecados del mundo, en adhesión total e incondicional de retornación

amorosa al Padre Eterno, bajo el impulso del Espíritu Santo y abrasada en las llamas de su amor, penosa e incruentamente, pero delirante de amor, lo ofrecía a la Santidad del Eterno Ser ofendida; y se ofrecía a sí misma, con Cristo, en el máximo grado de martirio incruento y de victimación total que la pura criatura, concebida sin pecado original por los méritos previstos de la Redención de Cristo y llena de gracia desde el primer instante de su Concepción, era capaz de dar a Dios en la máxima destrucción de sí misma.

La Virgen, al pie de la cruz, sufrió una muerte mística según la profecía de Simeón de que una espada de dolor le traspasaría el alma; como a Jesús le traspasó físicamente el costado la lanza del soldado, en manifestación de su muerte corporal.

Más que mil muertes fue el dolor de María en el Calvario, que la hizo participar, en su alma santísima, como nadie, de la pasión y muerte de Cristo.

Por Cristo, con Él y en Él, la Virgen, en el ejercicio del sacerdocio de su Maternidad divina, ofreció su Víctima para gloria del Padre, y, siendo Corredentora, por cada uno de los hombres que su Hijo en el Calvario le encomendó, como Madre universal de toda la humanidad.

Por su muerte, Cristo abrió el Seno del Padre, penetrando glorioso en el Cielo; siendo vi-

vida, también misteriosamente y de una manera dichosísima y gloriosa, esta realidad por su Madre santísima en fruto de Corredención con Cristo.

Muriendo misteriosamente con el Hijo de Dios y su Hijo en el Calvario, y recibiendo el fruto de la Redención para darla a todos los hombres, como Corredentora, a través de su Maternidad divina; María, en la consumación cruenta del Sacrificio de la Cruz que, en el ejercicio de su Maternidad, ofreció con Cristo al Padre, murió a la vida vieja de la humanidad.

Y en la restauración de la creación, después de su muerte mística con el Hijo de Dios y su mismo Hijo crucificado, resucitó con Él a la vida nueva que Él nos dio; por lo cual ya no necesitaba morir para ser asunta al Cielo.

La Redención de Cristo y la Corredención de María fue consumada por Cristo en la cruz.

Por lo tanto, después de haber abierto el Verbo Infinito Encarnado el Seno del Padre, y de ser glorificado, la muerte de María, para ser una con su Hijo en todo, veo ya no era necesaria.

Pues la manifestación máxima del amor de Dios para con el hombre en Redención, se realizó en el Calvario; donde la Corredención de María, para glorificación de Dios y salvación de las almas, en el ofrecimiento de Cristo y hecha una con Él, a través del sacerdocio de su Maternidad divina, quedó consumada.

Y mediante el testamento que Cristo le hizo en la persona de San Juan, se manifestó la Maternidad universal de la Virgen y la filiación de todos los hijos de Dios hacia la Señora.

Por lo que a la Virgen sólo le quedaba, después de Pentecostés, estar con su lámpara encendida, esperando el momento y la manera de que la voluntad de Dios se la llevara a gozar del fruto del plan divino terminado y cumplido sobre Ella.

Mediante el cual, «La llena de gracia» según el anuncio del Ángel, sería proclamada «bienaventurada por todas las generaciones» y «bendita entre todas las mujeres»[10].

«Cristo funda su Iglesia. Y allí está María en Pentecostés siendo Madre de los hombres, con los Apóstoles: la Iglesia naciente; colaborando también, por medio de su Maternidad, a la fundación de la Iglesia; la cual es perpetuación entre los hombres del Sacerdocio de Cristo y, por tanto, de la Maternidad de la Virgen, desde el momento de la Encarnación.

Y vemos a María en los pasos más importantes de la vida de Cristo, no haciendo las cosas que Él hacía, pero sí colaborando con Él, por el misterio de la Encarnación, en su vida, muerte y resurrección.

[10] Lc 1, 28. 48. 42.

Y cuando la Virgen llegó en la tierra a la terminación completa de la función del sacerdocio de su Maternidad, que fue colaboración con Cristo en los planes de Dios, por un querer de la voluntad infinita que determinó meterla así en el misterio de la Redención; Dios se la llevó del modo que el hombre, sin pecado original, hubiera subido al Cielo; con la participación, además, de la riqueza que la Redención dio al Hombre Nuevo; y por otra parte, según Dios quiso que le correspondiera, después de la resurrección de Cristo, a la que era Madre del Sumo y Eterno Sacerdote, en la terminación gloriosa de la función del sacerdocio de su Maternidad divina y universal sobre la tierra.

No tenía la Virgen, al llegar el momento de su subida al Padre, que morir para que la colaboración de su sacerdocio quedara terminada; porque el hombre viejo, con la muerte de Cristo, quedó enterrado, y con su resurrección quedó glorificado.

La colaboración de María fue cooperar paso a paso con Cristo en el misterio de la Redención, y ésta quedó terminada el día que Cristo la consumó.

María fue Corredentora con Cristo; pero la Redención de Cristo y la Corredención de María se verificaron en la vida, muerte y resurrección de Cristo.

María se ofreció con Él al Padre y ofreció a Cristo al Padre con el derecho que le daba su

Maternidad divina y en función de esa misma Maternidad que, en Ella, era ejercicio de su peculiar sacerdocio.

Por su muerte, Cristo destruyó el pecado, siendo enterrado con Él el hombre viejo, y por su Resurrección resucitó un Hombre glorioso. Y la Redención fue terminada palpablemente, siendo terminada también la Corredención de María.

Después de la muerte y resurrección de Cristo, la Virgen no necesitaba morir para que resucitara un hombre nuevo.

Ella estuvo siempre adherida a su Hijo; y la postura de su alma, después de la resurrección, fue una adhesión tan grande a este Hombre Nuevo, que la Señora era con Él la Mujer Nueva que colaboró, por el misterio de la Encarnación, en la vida, muerte y resurrección de Cristo, a enterrar al pecado y, con él, al hombre pecador, aplastando la cabeza de la serpiente, para que resucitara un Hombre Nuevo, al cual se adhirieran todos los hijos de Dios que quisieran injertarse en el Árbol de la Vida.

Por lo tanto María no necesitó, para ser Corredentora, morir, sino colaborar con Cristo, en su vida, muerte y resurrección, a la Redención; colaboración que Ella realizó ejerciendo su peculiar sacerdocio en el ofrecimiento de Cristo al Padre, para la gloria del mismo Padre y santificación de los hombres.

Cuando Cristo murió, el alma de la Señora de la Encarnación, totalmente unida a su Hijo, sintió y experimentó en sí el estremecimiento y los terrores de la muerte más terrible que podamos imaginar.

En verdad podemos decir que la Virgen murió con Cristo, en la conciencia clarísima que Ella vivía del misterio que se estaba realizando al pie de la cruz.

María se ofreció con Cristo al Padre y, adherida a su Hijo, era tan una con Él, que se sintió morir, sufriendo en sí, por su Maternidad divina, las consecuencias del pecado original, en el Fruto de esta misma Maternidad, colgado en el árbol de la cruz.

Por lo tanto, no necesitaba la Virgen, para ser plenamente Corredentora con Cristo, morir o resucitar a una vida nueva. Porque María fue Corredentora, no muriendo Ella y siendo crucificada, sino viviendo en sí la muerte de Cristo y su crucifixión; de tal forma que, en el Fruto de su Maternidad divina, victimada, vivió su muerte y crucifixión.

Cristo al morir enterró al hombre viejo. Pero María, que fue redimida, por los méritos previstos de Cristo, en su Concepción inmaculada, fue también, por esos mismos méritos, la Mujer Nueva que aplastó la cabeza de la serpiente, no necesitando morir para pasar a la Eternidad; ya que, al morir Cristo y resucitar, enterró el pecado e hizo surgir un Hombre glorioso.

Y, desde este momento, Cristo es el Hombre Nuevo, y María la Mujer Nueva, que, por la muerte y resurrección de Cristo y a través de la Maternidad de María, llevarán a los hombres a gozar eternamente de la felicidad de Dios.

Y así como María no necesitó caer para ser redimida, tampoco necesitó morir para subir al Cielo. Eso era la consecuencia del pecado que la Virgen no poseyó jamás, y que Cristo redimió con su muerte y resurrección, y Ella corredimió colaborando con su Hijo, por y a través de la función sacerdotal de su Maternidad divina.

No necesitó la Virgen morir para ser Corredentora, como tampoco necesitó pecar para ser redimida; y como la muerte es consecuencia del pecado, quien no pecó no tuvo por qué morir.

Cristo tampoco pecó, pero cargó sobre sí con el pecado de todos los hombres, y fue el predestinado por Dios para realizar en Él la muerte de este pecado y la resurrección del Hombre glorioso.

Y lo que Cristo realizó por la perfección de su Sacerdocio, al ser en sí Dios y Hombre; María, Señora de la Encarnación, lo realizó por la función de su Maternidad divina, que la hizo ser con Cristo Colaboradora, y, por lo tanto, Corredentora, en el ejercicio de su peculiar sacerdocio en el Calvario.

Y por eso la Virgen, por una parte preservada del pecado original, y por otra Corredentora con Cristo, disfruta y participa de los derechos del hombre ajeno al pecado. Y, adherida a su Hijo glorioso y resucitado, espera la suerte final de los justos, sin tenerse que obrar en Ella los trastornos propios de ese mismo pecado, que es la separación del alma y del cuerpo; trastornos que Cristo, "al hacerse pecado"[11] por los pecadores, como Redentor y Supremo Sacerdote, quiso experimentar en sí; liberando con esto a los hombres de la muerte eterna, y proporcionándoles la resurrección y la vida, pero dejándoles las consecuencias personales de su "no" a Dios por el pecado original y personal de cada uno.

La Virgen no tuvo ni pecado original ni pecado personal. Y así como Cristo, al "hacerse pecado", quiso morir para demostrarnos el amor que nos tenía y sufrir en sí las consecuencias de este mismo pecado, María, creada sin pecado original y hecha una cosa con Cristo glorioso, no necesitaba morir para ser Corredentora; ya que Ella colaboró con Cristo en la Redención, no muriendo, sino ofreciendo al Sumo y Eterno Sacerdote, en función del peculiar sacerdocio de su Maternidad divina, al Padre como expiación de los pecados de sus hijos.

María es tan Madre de Dios como del Hombre; y por eso, con la muerte del Hijo de Dios hecho Hombre y su Hijo, glorifica al Padre y

[11] 2 Cor 5, 21.

comunica la vida a todos los hombres en función y por el ejercicio de su Maternidad divina.

María, para ser Corredentora, no hizo exteriormente lo mismo que Cristo, aunque sí vivió lo mismo que Él, participando como nadie del vivir de Cristo y de la filiación del Verbo.

Y así vemos a Cristo y a María realizando cada uno, según el plan de Dios, el ejercicio de su peculiar sacerdocio, mediante el cual se llevó a cabo la Redención en el modo personal que, dentro de los planes divinos, cada uno tenía que hacerlo».

Después de lo que he comunicado [...] que contemplé en el año 1960 y voy manifestando sobre las luces recibidas en el año 1971;

[...] humildemente manifiesto [...] que el día 15 de agosto de 1960, cuando fui llevada a contemplar el momento sublime en que la adorable Trinidad bajó a este peregrinar de la Señora para recogerla y llevarla en cuerpo y alma a la Gloria, no vi, en ningún momento ni de ninguna manera, separación entre su alma y su cuerpo;

una vez que, ya en Pentecostés había recibido al Espíritu Santo en compañía de los Apóstoles, para que a través de su Maternidad divina y por la llenura que Ella tenía del mismo Espíritu Santo –que para comunicarlo se le comunicó–, lo donara durante todos los tiempos y a todos los hombres, como Madre de la Iglesia universal, desde el mismo día de Pentecostés, con co-

razón de Madre y amor de Espíritu Santo; y por la voluntad del Padre y por la plenitud de Cristo que, a través de la Maternidad divina de la Virgen, se nos dio en el misterio de la Encarnación, y, por este glorioso misterio, en su vida, muerte y resurrección, en inmolación cruenta de Redención por la sangre y la carne que le dio María.

Por lo que esta pequeña hija de la Iglesia, con corazón sencillo, alma abierta, y en adhesión incondicional, como en todos los momentos de mi vida, al pensamiento de la Iglesia, manifiesta que, en el momento de ser levantada la Señora de esta tierra a la Eternidad por la voluntad del Padre, en el abrazo del Hijo y en el roce infinito de suavidad silenciosa e inmutable del Espíritu Santo, no vio, en ningún momento, separación entre el alma y el cuerpo de la Virgen.

Que, en un abrir y cerrar de ojos, en el romance más sublime que una pura criatura haya podido vivir con relación al Infinito Ser; sobrepasada de amor y saturada de Divinidad, quedando sumergida en la suavidad silenciosa, inalterable y pacífica del Eterno, y mecida en el aleteo del arrullo del Espíritu Santo, en una dormición gloriosa, fue levantada en cuerpo y alma por la inmutabilidad de la Infinita Trinidad, que descendió a la tierra para llevársela al gozo dichosísimo del Festín infinito de su vida inmutable.

Poniéndola el mismo Dios por toda la eternidad en el grado de participación de su Divinidad que le correspondía a la Virgen, la Madre,

la Señora y la Reina del Universo; que lo es también en la Eternidad, en el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios que la creó, metiéndola en el plan trinitario para la Redención del hombre, como Corredentora, y para la restauración de toda la humanidad.

El vivir de la Virgen con Cristo en su pasión, fue una muerte mística e incruenta, que la hizo resucitar también místicamente con Cristo; pasando a vivir, como Madre de la Iglesia universal, la vida nueva que por Cristo a todos se nos da.

Por lo que creo que no vio mi alma en ningún momento, separación entre el cuerpo y el alma de la Virgen el día que el Señor se dignó, por un movimiento de su voluntad en misericordia infinita sobre esta pobre y miserable criatura y para que lo manifestara, mostrarme el momento sublime e indescriptible de la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma al Cielo.

«Yo no vi separación entre su alma y su cuerpo aquel día que me mostró la Asunción gloriosa de Nuestra Señora de la Encarnación.

Fue tan esplendorosa a mi mirada espiritual aquella Asunción, que mi pobre palabra me sabe a profanación ante la finura indecible de aquel trasunto misterioso de la subida gloriosa de la Virgen Blanca a la Eternidad.

Yo sólo vi que se obró un misterio de finura, de delicadeza y ternura indecible entre Dios

y la Virgen Blanca, cuando la Madre del Verbo Infinito llegó a aquel punto de divinización, en el cual Él la tuvo tan llena, tan pletórica y divinizada, como en su infinito pensamiento soñó desde toda la eternidad.

Entonces, cuando la Señora de la Encarnación, toda Blanca, estuvo en el centro-centro de la voluntad divina, repleta de frutos y con su misión totalmente cumplida, Dios la arrebató a sí; porque ¡un paso más!, y la Virgen hubiera rebasado, en llenura de participación de la Divinidad, los límites que la misma voluntad de Dios, al crearla para ser su Madre, sobre Ella determinara.

¡Y qué capacidad la de María en llenura de Divinidad...! Después de la humanidad de Cristo, la capacidad más grande que ha existido para poseer a Dios.

Por mucho que queramos decir de la Virgen, siempre nos quedaremos cortos; pues no cabe en la mente de la criatura, mientras esté en el destierro, más que barruntar algo de aquel concierto de perfecciones que Dios puso en Ella el día que la creó: ¡en la Virgen de la Encarnación, que fue creada para la misma Encarnación!

Yo no vi separación entre su alma y su cuerpo el día que la Virgen Blanca dejó el destierro para introducirse en la Eternidad.

Pero sí vi y comprendí, llena de júbilo y de sorpresa indescriptible, quedándose grabado en mi limitado, pequeño y trascendido entender,

el gozo que las divinas Personas tenían, al llevar hacia sí a aquella criatura que fue, con Cristo, el "sí" de respuesta gloriosa frente a Dios en nombre de todos sus hijos.

¡Qué impresión cuando, introducida por Dios en aquella finura..., en aquella ternura..., en aquella intimidad..., en aquel silencio..., en aquel concierto..., en aquel arrullo..., en aquel ensueño...!; en una palabra, ¡en aquel misterio de vida, de amor, de hondura y de penetración..., sorprendí a las tres divinas Personas que, en consejo infinito y amoroso de Familia, determinaban arrebatar, en un abrir y cerrar de ojos, del destierro a la Eternidad, a la Virgen Blanca, que, un día también, en coloquios con la misma Trinidad, me fue descubierta en el *Sancta Sanctórum* de la Encarnación...!

¡Era la misma Señora, la misma Virgen, la misma Reina, la misma Madre...!: ¡La misma Señora, que, en intimidad con las tres divinas Personas, colaboraba a la llenura de los planes eternos, por ser un "sí" de donación total en cumplimiento perfecto y lleno de la voluntad divina en cada momento de su vida...!

Era la misma, pero en distinta situación. El día de la Asunción, Nuestra Señora de la Encarnación había terminado su duro y jadeante caminar por el destierro.

Y el Padre se lanzó hacia Ella para meterla, en luz pletórica de Eternidad, en la anchurosa caverna de su seno;

el Hijo le dijo un "Madre" de tanta ternura y cariño de Hogar, que la hizo ser la Reina de la Eternidad, por el esplendor magnífico de su Maternidad divina, llena y pletórica en saturación;

y el Espíritu Santo, como Esposo enamorado, "con su diestra la sostuvo y con su siniestra la abrazó"[12], para que el ímpetu infinito de la Familia Divina no la estremeciese; sino que, suavemente..., haciéndola desfallecer de amor por el beso de su Eterno Consorte..., se la llevase a las Bodas eternas.

Yo no vi que se obrara en la Señora más que un misterio de silencio, de dulzura y de sabiduría, ¡tan sumamente saboreable...!, ¡tan eternamente penetrativo...!, que aquella sabiduría que Ella poseía se la aumentó ¡tanto, tanto!, que se quedó para siempre en la luz gloriosa de la Eternidad.

Con su paso avasallador, pero en silbo delgado para que la Virgen no experimentara en sí ningún trastorno, en un abrir y cerrar de ojos, las tres divinas Personas, en un solo abrazo de paternidad, de filiación y de Esposo, se depositaron en Ella en un beso misterioso, eterno y silencioso de inmutabilidad.

Y en este beso de inmutabilidad, repleto de sabiduría, la Virgen Blanca se encontró en un instante, el día de la Asunción, en la luz resplandeciente, clara y dichosísima de la Gloria,

[12] Ct 2, 6.

arrullada por el paso de Dios que se abalanzó sobre Ella como miríadas y miríadas de cataratas de Ser que la envolvieron en las corrientes divinas de los eternos Manantiales; los cuales, en el concierto del teclear de sus cascadas, la dejaron tan poseída por el Infinito, que se le abrieron para siempre los Portones anchurosos y gloriosos de la Eternidad.

Lo que contemplé que se obró en Nuestra Señora de la Asunción fue un beso de Dios, tan silencioso..., ¡tanto, tanto y en tanto misterio...! que, ante la llenura completa de los planes divinos sobre Ella, ese beso de Dios la inmutabilizó tan divinamente, que le dio para siempre, ¡para siempre...!, la Luz infinita de la Eternidad...

Se está durmiendo María
en los brazos del Señor;
en celestiales conciertos,
robada por su Amador...

¡No se obró ninguna cosa
el día de su Asunción
más que, en un sueño amoroso,
el Cielo se la llevó...!

¡Se ha dormido la Señora
Blanca de la Encarnación...!

Cuando la Virgen había llegado a aquel punto de divinización que la voluntad infinita de Dios quiso para Ella desde toda la eternidad; cuando su plan eterno estaba totalmente cum-

plido, y la Señora Blanca de la Encarnación se encontraba repleta de frutos y llena en saturación, de tal forma que un paso más y hubiera superado en llenura los planes de Dios sobre su alma; en aquel instante, ¡ni un minuto más ni un minuto menos!, la Familia Divina se abalanzó en su ímpetu infinito para llevarla a gozar eternamente de la luz de la Gloria en la Eternidad».

[...] Como hija pequeña de la Iglesia, y consciente de mi pobreza y mi limitación, necesito manifestar que, en el sublime momento que Dios me mostró el instante glorioso de la dormición de Nuestra Señora, arrebatada en un éxtasis de amor en el arrullo infinito del beso amoroso del Espíritu Santo, siendo levantada por la paternidad infinita del Padre Eterno, y en el llamamiento de tiernísima ternura del Unigénito del Padre, Encarnado, y su Hijo; mi alma, llena de amor, veneración y respeto adorante, no vio, en ningún momento, separación entre su alma y su cuerpo.

Pues éste, subyugado y robado por el ímpetu del alma de la Señora, era levantado, como una pluma, ante el lanzamiento inefable de las divinas Personas hacia la Reina del Universo, para llevársela, en un éxtasis de amor, en Asunción gloriosa por el abrazo trinitario, amoroso e infinito, que, en beso de inmutabilidad, la introdujo suave..., tierna... y dichosísimamente...

en las mansiones magníficas y suntuosas de la Eternidad.

Era su cuerpo, un cuerpo exento de pecado, como el de nuestros Primeros Padres en el Paraíso terrenal; y por tanto no necesitaba morir.

Murió mística, pero dolorosísimamente, con Cristo en el Calvario, para que nada le faltara; ofreciendo al Padre, como víctima, la Hostia del Cordero Inmaculado, con el cuerpo y la sangre redentora que Ella misma le dio para el sacrificio.

Por lo cual, expresé que la Virgen fue arrebatada a la Gloria, transida como en un sueño de amor; y levantado su cuerpo por el ímpetu de su alma, no teniendo más movimiento ni tendencia que la de su misma alma.

Y, sin que prácticamente lo apercibiera, María, en todo su ser, cuerpo y alma, era movida por el ímpetu de su espíritu, que no tenía más tendencia que Dios y su voluntad, para el cumplimiento de sus planes eternos.

15-10-1972
(Fragmento)

«*"¡Assumpta est María"* que sube a los Cielos, triunfante y gloriosa, con paso seguro y majestuoso...! ¡Es blanca su alma, sin nada que la impida volar hacia las mansiones del Reino de Dios...!

La Virgen no tenía ninguna tendencia, ni apetencia, ni torcedura, ni inclinación que la atrajera hacia la tierra.

María vivió como asunta durante todo su peregrinar, concluyendo su asunción en el abrazo del encuentro del Infinito.

La Virgen pasó por la vida con la agilidad de un rayo, sin posarse por el fango de la tierra, sin empolvar siquiera su alma inmaculada, sin sentir en sí las concupiscencias que han sido consecuencia de la rotura del plan de Dios».

«La Virgen adora..., el Amor la invade...;
y el silbo amoroso del Eterno Sol
la adentra en su pecho en tanto romance,
que el Beso infinito, en paso de Dios,
la envuelve en su brisa, que es llamada eterna
de arrullo amoroso, repleto en su don.

Reina es la Señora, blanca como un sol,
toda refulgente en su resplandor;
Virgen toda Virgen en sus claridades,
por estar tomada, en predilección,
por el Ser Eterno que la arrebató.

Y su alma, vuelta como el girasol,
vive subyugada, en romance eterno,
por aquel Concierto del Sumo Amador.

Nada hay en su hondura que no sea Dios.
Toda su tendencia y su inclinación
se siente robada en subyugación,
tan profundamente, tan divinamente,

que está cautivada, en adoración,
por los resplandores del rostro de Dios...

Nada hay en su alma que no sea amor:
¡amor del Eterno, lleno en perfección!
Y la Virgen Blanca, toda cautivada,
vive traspasada en arrobamiento
por el Dueño eterno de su corazón.

¡Sólo una tendencia hay en la Señora!,
¡sólo un atractivo y una inclinación!:
Vivir toda envuelta, en sublimación,
en las claridades del Sol Infinito,
en el Día eterno, lleno de esplendor.

Blanca es la Señora, bella como un sol...;
tan Virgen que es Madre, ¡y Madre de Dios!

¡Qué Virgen más Virgen...! ¡Misterio de amor...!
Es tanta excelencia en su creación,
tan enteramente robada por Dios,
que toda su alma es para el Señor...
¡Tan para el Eterno, tan para el Amor...!,
¡en tanto misterio es su donación!,
que hace posible que el Verbo Infinito
se encarne en su seno en su tierno don,
y la llame: Madre, cual merece Dios.

¡Misterio terrible de sumo estupor!:
Dios que se hace Hombre y el Hombre que es Dios
en el seno grande de la Virgen Blanca,
que ya es la Señora de la Encarnación.

Es Madre del Hombre y es Madre de Dios;
¡por eso es tan Madre cual nadie logró!,

porque en Ella abarca, por un plan divino,
a Dios en su vida y en su donación,
y al hombre caído y en restauración,
que por el misterio obrado en su entraña,
injertado en Cristo, ya pasa a ser Dios.

Romance terrible de predilección,
que sublima al hombre cual nadie soñó,
porque participa por este misterio,
con el Verbo Eterno, de su filiación...

¡Misterio terrible...! ¡Locura de amor!:
Dios que se hace Hombre y el Hombre
que es Dios...

Blanca es la Señora de la Encarnación.
Yo la vi aquel día como un resplandor
del Sol Infinito, del Eterno Amor:
Era toda Madre, y me acarició...
Era toda Reina, y me protegió...
Era toda Virgen, me virginizó...
¡Y era tan Señora, que me subyugó...!

¡Nunca he de olvidarlo por más que viviera!
¡Y fue en el gran día de la Encarnación...!

Se termina el tiempo de la Virgen Madre,
toda poseída por el resplandor
del rostro divino que la cautivó.
Y en las claridades de la Luz eterna,
se oye una voz:
"Se terminó el tiempo
para la Señora de la Encarnación".

Y en silbo delgado, el Beso de Dios,
todo enamorado, vuela presuroso

a depositarse, en peso de amor,
en la Virgen Blanca que es Madre de Dios...

Blanca es la Señora, y, en adoración,
espera el momento de grandes nostalgias
que venga el Eterno por su donación...

Toda está repleta en frutos de amor,
sin que nada falte a la creación
de aquella Señora, para que el Eterno,
en beso amoroso, la lleve a su seno,
al festín divino de su posesión…».

15-8-1971

«Por lo que, al llegar a las fronteras de la Eternidad, su cuerpo, unido a su alma en unión perfecta de abrazo indescriptible, y sin más inclinación que la de ésta, totalmente tomada, poseída y saturada por Dios, fue llevado por ella a la Eternidad aquel día glorioso para la Señora del término de su peregrinación.

Su alma atrajo, levantándolo consigo, al cuerpo, y le hizo atravesar el Abismo insondable que el pecado había abierto entre Dios y el hombre, sin sentir ni el más ligero impedimento.

Era tan suave la Asunción de la Virgen, tan segura, tan como divina, que las consecuencias del pecado que nos proporcionó la muerte, no fueron experimentadas por Ella en ese momento glorioso.

No tenía nada que dejar la Señora toda Blanca de la Encarnación; no había ninguna cosa

que la inclinara a la tierra; no había, ni en su cuerpo ni en su alma, más apetencia que una continua y amorosa ascensión hacia la Luz.

El alma de María, siempre con sus alas extendidas, es la expresión perfecta del cumplimiento de la voluntad de Dios sobre los hombres; por lo cual, al terminar el destierro, se lleva consigo a su cuerpo, sin tener que experimentar la carga que éste supone para la totalidad del género humano.

El cuerpo de María era y estaba, podíamos decir, tan divinizado en todas sus tendencias, sus apetencias, sus sensaciones, sus inclinaciones, ¡tanto!, que era todo alas, ¡y alas grandes de águila imperial!, preparadas con la fortaleza de Dios para pasar airosamente de la tierra al Cielo».

Y por eso, [...] expresaba, como podía en mi pobre balbucear, aquel sublime momento que me fue manifestado en el silencio sacrosanto de una oración profundísima; en el cual contemplé el instante de ser llevada la Señora en su Asunción gloriosa, y levantada hacia la Eternidad por las tres divinas Personas; realizándolo cada una en su modo personal, en el requiebro amoroso y en el romance eterno más sublime que, después del alma de Cristo, lo haya podido y lo podrá vivir ninguna pura criatura.

[...] Veía subir... ¡subir...!, siendo llevada por Dios, a Nuestra Señora de la Asunción al gozo

dichosísimo de los Bienaventurados, en compañía del Hijo de Dios y su Hijo; a disfrutar para siempre, por el fruto de la Redención de su mismo Hijo, en el banquete dichosísimo y gloriosísimo de la Eternidad; siendo Madre universal de la Iglesia gloriosa, peregrina y purgante, como Reina y Señora de todos los Bienaventurados.

«¡Qué impresionante es contemplar a María siendo llevada a la Eternidad...!

¡Qué maravilloso verla ascender silenciosa y amorosamente en una Asunción de suavidad, de agilidad, de levantamiento y de gloria...!

¡Qué momento tan inolvidable...! ¡Qué misterioso, qué secreto y qué sublime...!

¡Asciende María...! Asciende entre las claridades del Sol Eterno, bajo el amparo y el cariño del Espíritu Santo, protegida por el abrazo del Padre, e impulsada y atraída hacia el Cielo por la voz del Verbo...

¡¿Cómo podrá el pensamiento del hombre, torcido y entenebrecido por sus propios pecados, comprender el misterio de María en todos y en cada uno de los pasos de su vida...?!

¡¿Cómo podrá la mente, ofuscada por la soberbia, descubrir, penetrar e intuir en el lago tranquilo, poseído por la Divinidad, del alma de Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación...?!

María fue llevada a la Eternidad en cuerpo y alma con la rapidez de un rayo, porque toda

Ella tenía unas grandes alas de águila imperial que la ascendían constantemente hacia las mansiones eternas e infinitas del gozo de Dios.

Yo he contemplado ascender a María en el impulso del Amor Infinito, en el abrazo de ese mismo Amor, en la suavidad de su caricia, en el ímpetu de su arrullo, mecida y envuelta por el ocultamiento velado del *Sancta Sanctórum* de la Infinita Trinidad...

Subía María a los Cielos...; ¡subía...! ¡Y qué Asunción...! Sólo la adoración, el silencio, el respeto y el amor, fueron el modo sencillo, desbordante y aplastante, con que mi alma, sobrepasada, supo responder, en mi pobreza, a aquel espectáculo esplendoroso de la Asunción a los Cielos de Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación».

«Se está durmiendo María
en los brazos del Amor...,
en el ímpetu divino,
en su fuego abrasador...

Se está sintiendo llevada
por el Infinito Sol
a la claridad eterna
de su mismo resplandor...

Está toda subyugada,
y tan repleta en su don,
que está siendo levantada,
en misteriosa Asunción,

la Virgen enamorada,
por el rostro del Señor...

¡Que todos guarden silencio...!,
¡caigan en adoración...!,
que el Padre la está meciendo
en su abrazo arrullador,
para meterla en su seno
en cariño acogedor...;
que el Hijo la llama Madre,
cual nunca se lo llamó,
en ternura del que viene
a ser su Liberador...;
y el Espíritu Infinito,
que es todo beso de amor,
envuelve a la Virgen Madre
con su fuego abrasador...

Es silencio y es ternura...,
es arrullo y es ardor...,
es majestad y es concierto...;
es un romance de Dios,
¡tan infinito y eterno
y en tan silencioso don!,
que es todo amor infinito,
que es todo subyugación...

¡Qué momento tan sublime...!
¡Silencio de adoración...!:
¡Está siendo levantada
en magnífica Asunción
la Señora toda Blanca
que yo vi en la Encarnación...!;

¡Se la está llevando el Cielo...!
¡Se la está robando Dios!;

¡Yo quisiera detenerla!,
por no perder tan gran don,
para marcharme con Ella.
Pero es tanto el esplendor
de la Asunción de María,
en vuelo hacia el Creador,
que mi alma, subyugada
ante el Ingente Amador,
cae de rodillas postrada
en tierna veneración.

¡Oh, qué silencio tan hondo
hoy le está dando el Amor...!
La está inmutabilizando,
parándola en su ascensión,
por estar en aquel punto
de su divinización,
con la llenura completa
de los planes del Señor...

La está inmutabilizando
en toque acariciador,
el arrullo del Dios vivo,
el beso de su Amador,
como Consorte divino
en silencio acogedor...

No se obró ninguna cosa,
no hubo separación
entre su alma y su cuerpo
el día de su Asunción.

Sólo fue el Beso infinito
quien al Cielo la robó.

Y esto fue en tanto silencio
cual nunca explicaré yo,
pues me faltan las palabras,
en mi amorosa canción,
para expresar, a mi modo,
aquel paso arrullador
del Eterno, que besaba,
en virginal esplendor,
a la Reina toda Blanca,
Virgen de la Encarnación...

Se está durmiendo María
en los brazos del Amor...
Está siendo levantada
por el ímpetu de Dios,
en conciertos de armonías,
en luminosa Asunción,
como brisa acogedora
del verano en su frescor...

¡Se durmió la Virgen Madre,
repleta en su donación,
en sueño que es todo gloria,
en un éxtasis de amor,
al sentir sobre su alma
el paso de su Amador...!

¡Se ha dormido la Señora
Blanca de la Encarnación...!».

15-8-1971